¡EL AHORCADO!

Drama en cinco actos, arreglado libremente del francés por D. Ramon de Valladares y Saavedra, *para representarse en el teatro de la Cruz, el mes de mayo de 1854.*

PERSONAGES.	ACTORES.
Doctor Latremblade . .	*Sres. Farrò.*
Cristol, *el ahorcado.* . .	*Banovio.*
Gilberto Dartigues. . .	*Mallí.*
Civrac	*Segarra (D. V.)*
Moreto	*Garcia.*
El Presidente.	*Mazo.*
Duvernais	*Bouvier.*
Un agente	*Segarra (D. M.)*
Robin	*Rodriguez.*
Un criado	*Giron.*
Patrik	*Mazoli.*
Susana . . . . . *Sras.*	*Fenoquio.*
Diana	*Cruz.*
La Limosnera, *despues* Superiora	*Valero.*
Lucila	*Espejo.*
Magdalena.	*Menendez.*
La Presidenta.	*Sanchez.*

ACTO PRIMERO.

Salon del palacio de Dartigues, en Burdeos.

ESCENA PRIMERA.

Gilberto, Diana, *el* Presidente, *la* Presidenta.

(Al alzarse el telon, las dos damas estan sentadas á la izquierda, cerca de un velador, conversando. Diana borda; la Presidenta está de visita, y juega con el abanico; el Presidente está sentado á la derecha; Gilberto de pié, apoyado en el mármol de la chimenea, continuando una conversacion empezada.)

El Pre. Con que ningunas noticias hay de los diamantes de madama Dartigues?

Gil. Ningunas.

El Pre. Y ya hace ocho dias que desaparecieron?

Gil. Ocho dias...

La Pre. (*á Diana.*) Es evidente que han sido robados.

El Pre. (*á Gilberto*) No sospechais de algun criado?

Gil. (*con firmeza.*) No señor.

La Pre. (*á Diana.*) Y vos?

Dia. (*vacilando.*) Yo!

Gil. Decid, tambien, señora, que no sospechais de nadie. No dudais de Lucila, vuestra doncella, que os es sumamente fiel; los demas de mis criados han encanecido en la casa, y respondo de todos ellos.

La Pre. Y no obstante, alguien ha cojido ese collar de diamantes.

Un criado. (*trayendo una carta.*) Para el señor Presidente de Mentbrison.

El Pre. El aviso debe ser muy urgente, pues me le dirigen á vuestra casa. (*toma la carta.*) Es del teniente civil. (*á Dartigues.*) Con vuestro permiso.

La Pre. Parece que el aviso os disgusta.

El Pre. (*despues de haber leido.*) En efecto, esta carta me anuncia, que una órden dada por mi esta mañana no podrá ser ejecutada, como esperaba, hasta por la tarde.

La Pre. De qué se trataba?

El Pre. De un garito clandestino que se abre todas las noches en una fonda de la calle Real. Se asegura que los hombres mas distinguidos y las mas grandes señoras de nuestra ciudad de Burdeos, concurren enmascaradas, y arrojan sobre aquel infame tapete sumas considerables. Esta misma noche la justicia debe invadir la casa, se arrancarán las máscaras, y se conocerá á los hijos de familia que arruinan á sus padres, y á las esposas que roban á sus maridos.

(Diana, preocupada de lo que dice el Presidente, parece turbarse, y deja caer el bordado; Gilberto se acerca con prontitud y le recoje.)

Gil. (*colocándose entre Diana y el Presidente, bajo á Diana.*) Cuidado!

Dia. (*tomando el bordado.*) Gracias, caballero.

El Pre. Por desgracia, el gefe de ese garito ha sido advertido, y se ha fugado.

ESCENA II.

Los mismos, LUCILA.

LUC. (*entrando acelerada, y deteniéndose á vista del presidente y su esposa.*) Ah! Señora! Señora!

DIA. Estás loca, Lucila, para entrar asi en mi cuarto?... No te he llamado.

LUC. No, señora; pero si supiérais...

DIA. (*levantándose con impaciencia.*) Qué tienes que decirme?

GIL. (*bajo á Diana.*) No estamos solos; no manifesteis mas que alegria! (*Diana mira á Gilberto, y permanece inmóvil; alto á Lucila.*) Acercaos, señorita, y hablad.

LUC. Suplico á estos señores me disimulen; pero estoy tan contenta!... Ahora mismo, arreglando el tocador de la señora, he encontrado detrás del espejo... Me parecia estar soñando! Porque hubiera debido verle en ocho dias que hace que revuelvo toda la casa.

GIL. (*con calma.*) Y qué habeis encontrado?

LUC. El collar de diamantes de la señora.

DIA. (*con viveza.*) Es posible?

GIL. (*tomándole de las manos de Lucila, y mostrándole á Diana.*) Esta muchacha tiene razon, señora; hé aqui vuestro collar.

DIA. (*mirando el collar, y dejándose caer en el sitial.*) Ah!

EL PRE. Vamos, mi querido Dartigues, teniais razon en creer en la fidelidad de vuestros criados... y nosotros somos muy dichosos en haber prolongado nuestra visita. (*á Lucila.*) Tened la bondad de mandar acercar mi coche. (*vase Lucila; el Presidente á Gilberto.*) Sin que lo supiéseis, querido amigo, habia dispuesto que se hiciese una averiguacion, por fortuna ya inútil... Nos veremos á la noche en casa del intendente de provincia?

LA PRE. (*á Diana.*) Que no falteis, mi querida amiga; toda la ciudad concurrirá.

GIL. Tengo el sentimiento de no poder corresponder á la invitacion del señor intendente. Esta señora y yo marcharemos, quizás esta noche.

DIA. (Esta noche!)

LUC. (*saliendo.*) El coche del señor Presidente está á la puerta.

LA PRE. (*dando la mano á Diana.*) Señora...

EL PRE. Señora... (*la besa la mano.*)

LA PRE. Que volvais pronto. (*estrecha la mano de Diana, saluda á Gilberto, y vase con el Presidente.*)

ESCENA III.

GILBERTO, DIANA.

GIL. (*dirigiéndose á Diana, que ha vuelto á caer en un sitial.*) Ya lo habeis oido, señora; el Presidente habia dispuesto una pesquisa; mañana, quizá, toda la ciudad hubiera sabido que la señora de Dartigues, que dejaba hipócritamente creer en un robo doméstico, habia ella misma vendido al judio Samuel su collar de diamantes, por quinientos luises. Si yo hubiera perdido una hora, la policia se apoderaba esta noche del garito de la calle Real, arrestaba á todos los jugadores, y hacia caer todas las máscaras... hasta la vuestra.

DIA. (Me han vendido!)

GIL. No me pregunteis cómo he sabido vuestras salidas furtivas del palacio, vuestra presencia misteriosa en la casa de juego; en fin, la venta hecha á Samuel... Todo lo he reparado; por esta vez he salvado vuestro honor, y he satisfecho ya mi deuda á la memoria de vuestro padre... Ahora creo que habreis comprendido mi resolucion de partir... Habeis entendido que esta resolucion es irrevocable?

DIA. Sin embargo, caballero, para que ese proyecto se realice, falta mi consentimiento.

GIL. Que os plazca ó no partir, señora, partireis, porque yo lo quiero... Si he podido resignarme á la desgracia, no me resigno á la vergüenza. Cuando, por obedecer á mi padre, os dí la mano de esposo, Diana, apenas os conocia; pero erais jóven, érais bella, y mi corazon se lanzaba hácia el vuestro... En la compañera que me dieron solo encontré frialdad, indiferencia ó desden... Ni una palabra de cariño salió de vuestros lábios para el esposo que os habia sacrificado los ensueños de su porvenir y de su amor... Ni una lágrima de pesar sincero cayó de vuestros ojos sobre la tumba del generoso anciano que os habia recojido huérfana, estrangera y pobre, y os habia dado el nombre de hija. Yo no esperaba la felicidad, pero creí que al menos respetariais la memoria de vuestro padre y el nombre de vuestro marido... Bien pronto descubrí que no teniais ni siquiera la dignidad de la muger... Viendo que transformábais mi palacio en una casa de juego, tomé por pretesto la muerte de un pariente lejano, y cerré mis salones... Entonces, no pudiendo jugar en mi casa, fuisteis, sin pudor, á sentaros en torno del tapete verde de la calle Real. He podido hacer cerrar esa infame casa; pero otra se abrirá, y no dejareis de ir, señora; y no pudiendo robar á vuestro marido, pedireis prestado de un amante.

DIA. Caballero!

GIL. Sé donde estuvisteis anoche.

DIA. (Anoche!)

GIL. Es muy singular el modo que tienen en vuestro pais de educar á las mugeres, y parece que ignorais hasta las primeras nociones del decoro. No he tenido que recordaros cien veces que estabais en Francia, y sobre todo, que erais mi muger? No me he visto obligado á romper con mi antiguo amigo, el caballero Raul de Salvatierra, cuyas demostraciones de afecto, estimadas por vos, iban haciéndose ultrajantes para mi? No os pido mas afecto: pero no es fácil perdonar á aquel ante quien debe uno avergonzarse; no espero tampoco, ni aun siquiera, la paz interior, y acepto la vida tal como me la dais; pero sabré, aun salvando las apariencias, impedir mi deshonor. Os lo he dicho: mañana partimos, y para dar algun motivo á nuestro viage, he anunciado que deseais ver vuestro pais. A Lisboa es donde primero nos dirigimos.

DIA. (*con espanto.*) A Lisboa!

GIL. No teneis familia, lo sé; pero al menos encontrareis recuerdos. A la vuelta iremos á Holanda, á casa de Mr. Van-Brouk, mi pariente. Desde alli...

DIA. Dejadme siquiera algunos dias.

GIL. Mañana por la mañana salimos de Burdeos; los caballos estan pedidos para las seis.

DIA. (Este viage es imposible.)

UN CRIADO. (*entrando.*) Un forastero está ahi en la galeria, y quiere absolutamente hablaros.

GIL. Os ha dicho su nombre?

CRIADO. Si señor, se llama Honorato de Civrac.

GIL. Mi mas antiguo amigo, mi mejor compañero!... que entre!... Diana, tendreis que dar algunas disposiciones. Ah! Prevenid á la doncella, que cesa de estar á vuestro servicio; recompensad su celo, pero despedidla.

DIA. (Oh! Qué hombre! Le aborrezco!) (*vase por la derecha.*)

ESCENA IV.

GILBERTO, CIVRAC.

GIL. (*corriendo hácia Civrac.*) Civrac!

CIV. (*lo mismo.*) Gilberto! (*se abrazan.*)

GIL. Con que vuelvo á verte! Contigo, Civrac, me parece que vuelven mis años juveniles.

CIV. Volver nuestra juventud?... Voto á tal!... No creo que se haya aun marchado; y no es muy comun en nuestra edad echar de menos lo pasado. Ha dispénsame; no me acordaba que te habias casado... Casado á los 25 años!... Ah! Pobre Gilberto, qué locura hicistes!... Yo, por mi parte, despues de haber vivido en Paris alegremente, vuelvo á Burdeos, donde me llama mi familia. Condenado á vestir pronto la toga de magistrado, me será preciso, lo sé, sofocar mi alegria, hacerme grave y solemne; pero estoy decidido á no dejarme cojer en ese lazo que llaman matrimonio. El matrimonio, que del hombre de mas talento hace un tonto, y del mas dichoso casi siempre un mártir... que nunca canonizan. (*movimiento de Gilberto; reponiéndose.*) Pero no tomes por lo sério mis palabras. Para ciertas naturalezas es el matrimonio una cosa escelente. Para ti, por ejemplo, á quien llamábamos el sabio; y sin duda la razon es la que te ha hecho casarte.

GIL. Fué el agradecimiento. Ya supiste el revés de fortuna que sucedió á mi padre en otros tiempos. La casualidad trajo por entonces á Francia á un tal don Miguel Mendez, armador, como Mr. Dartigues, que habia sido su asociado, y se quedó su amigo. Al saber nuestra desgracia, dijo á mi padre: «Nos hemos enriquecido juntos; tú has vuelto á empobrecer; yo me hago de nuevo tu asociado.» Gracias al crédito que este generoso amigo abrió á Mr. Dartigues, todas las pérdidas fueron reparadas, y algunos años despues mi padre, renunciando definitivamente á sus grandes operaciones comerciales, realizó una fortuna doble de la que habia perdido.

CIV. Me acuerdo de ese bello rasgo, que tu padre se complacia en referir á todos, y que ha debido honrar mucho á ese señor Mendez.

GIL. Hace tres años, mi padre recibió de Lisboa una carta de su amigo. Esta carta le anunciaba que falsas especulaciones habian hecho la ruina del que nos habia salvado. Era ya tarde para ayudarle, porque Mendez escribia desde su lecho de muerte; participaba á su amigo que le legaba su hija Diana; algunos meses despues, una jóven enlutada, salvada milagrosamente de un naufrágio, entraba en la casa de mi padre... Era la hija del señor Mendez... Apenas habian transcurrido tres semanas, la huérfana tenia padre... Diana era mi esposa.

CIV. Muy bien! Perfectamente!... El amor no ha podido llegar hasta despues del matrimonio; pero llegó, no es verdad?

GIL. Te bastará ver á Diana para no dudarlo?

CIV. Me alegro mucho. Gilberto, olvida las necedades que te he dicho á mi llegada; ya no volveré á alabar los encantos del celibato, que á mozos como yo, á Raul de Salvatierra, por ejemplo...

GIL. Le has visto?

CIV. Ayer, á mi llegada... Pasé la noche en su casa, y quiso celebrar mi regreso con una alegre cena, como haciamos en otros tiempos... Y nuestra cena fué turbada por una visita misteriosa... Estamos solos?.... Nos oirá la señora Dartigues?

GIL. No.

CIV. Pues bien, te diré que fué una señora la que llegó á interrumpirnos.

GIL. Una señora?

CIV. Es de la ciudad, Salvatierra me lo ha dicho; y muy hermosa; yo la he visto.

GIL. Indiscreto!

CIV. No por cierto; no voy á hacerte su retrato, aunque entreabriendo una de las portezuelas de la biblioteca, donde estaba yo oculto, pude examinar perfectamente la hermosa conquista de nuestro amigo. Tampoco te diré su nombre, que ignoro, y que quizá me confiará ahora mismo Salvatierra en la fonda de Francia, donde me está esperando para comer. Ya es la hora de nuestra cita.

GIL. Espera... no te vayas hasta que te halla presentado á madama Dartigues. (*tira de la campanilla y sale un criado, con quien habla en secreto, y vase.*)

CIV. Diantre! Es que no estoy hoy presentable... Anúnciala mi visita para mañana.

GIL. Mañana no estaremos en Burdeos.

CIV. Te vas por mucho tiempo?

GIL. Quizá... Chito! Aqui está mi esposa, que he mandado llamar.

CIV. A tu cargo queda el hacerme disimular mi negligé.

GIL. Sin duda. (*viendo á Civrac, que de pie, delante de la puerta del primer término, se acomoda su trage.*) Qué haces?

CIV. Un poco de *toilette*. Hay en aquel gabinete un espejo, que no parece sino que le han puesto para mi. (*Civrac, vuelto de espalda á la puerta de la izquierda, no vé llegar á Diana.*)

ESCENA V.

Los mismos, DIANA.

GIL. (*á Diana.*) Permitidme, señora, que os dé á conocer al señor Honorato Civrac, de quien os he hablado con frecuencia. (*Conduce á Diana hácia Civrac, quien al verla hace un gesto, que sorprende á Gilberto.*)

CIV. Ah!

GIL. (Ella es.) (*alto y sonriendo á Civrac, al presentarle á Diana.*) La señora Dartigues.

CIV. (*saludando.*) Señora... (No me engaño.)

GIL. Ya está la presentacion hecha. Tú vas á fijarte en Burdeos; á nuestro regreso, espero que nos serás mas fiel que ese atolondrado de Salvatierra, que hace un mes largo que no le vemos.

CIV. (Nada sospecha.)

DIA. Siento, caballero, no haceros mejor los honores de esta casa.

GIL. En la víspera de una marcha todo se disimula; apresurad los preparativos, Diana. No me has dicho, Civrac, que desde aqui ibas al hotel de Francia?

CIV. En efecto... (Si, ella es!)

GIL. (*tomando el sombrero, y ciñéndose la espada.*) La casa de postas está inmediata al hotel, y te acompañaré hasta alli. (*Civrac, sin escucharle, mira atentamente á Diana, quien por su parte tiene la vista fija en el péndulo.*) Diana es hermosa, no es verdad?.. Ya te lo decia yo, Civrac, soy muy dichoso. (*le toma la mano.*)

CIV. (*bajo.*) Tu mano está helada, Gilberto!

GIL. Y la cabeza se me abrasa... necesito aire... ven... aqui me sofoco.

CIV. (*saludando á Diana.*) Señora...

GIL. (*febrilmente.*) Ven, ven, Civrac. (*llévase á Civrac, quien saluda á Diana, esta se inclina con frialdad; apenas se cierra la puerta, Diana vuelve á mirar al péndulo.*)

ESCENA VI.

DIANA; *despues* LUCILA.

DIA. Ya partió, y estoy libre por una hora quizás. Lucila está á llevar mi carta á Raul, y ya debia estar de vuelta. Qué hará? Me venderá esa muchacha?.... No. El señor Dartigues quiere que la despida... Ademas, yo pago su fidelidad mas caro de lo que él pagaria su traicion... Ah! Cuánto tarda en venir!... La respuesta del señor de Salvatierra es mi vida ó mi muerte.... Suben... Por fin es Lucila.

LUC. He corrido, señora, como me mandásteis, y...

DIA. La respuesta del señor de Salvatierra?

LUC. El señor de Salvatierra acababa de salir para el hotel de Francia, donde le esperaban varios amigos. Pero tranquilizaos; Oliva, su criado, se ha encargado de llevarle la carta; ha partido delante de mi; y de aqui á algunos minutos tendreis la respuesta.

DIA. (*consigo misma.*) Cuántas dilaciones!... Y mañana, de aqui á algunas horas, Mr. Dartigues... (*á Lucila.*) Baja al vestíbulo, espera al criado, y que no entregue á ningun otro la carta de su amo.

LUC. Bien, señora. (*deteniéndose.*) Ah! Se me olvidaba.

DIA. Qué?

LUC. En el vestíbulo hay un hombre de malas trazas, que desea hablaros.

DIA. A mi?

LUC. Dice que viene de Lisboa.

DIA. (*con terror.*) De Lisboa!

LUC. Se llama Moreto.

DIA. (*con sorpresa.*) Eh! Moreto? Has dicho Moreto?

LUC. Si, señora, asi se llama ese hombre.

DIA. Y dónde está?

LUC. Abajo.

DIA. Que suba al momento, y no dejes despues entrar á nadie; ni tú tampoco, sino para traerme la respuesta del señor de Salvatierra, ó para advertirme la venida del señor Dartigues. Vete.

ESCENA VII.

DIANA, *despues* MORETO.

DIA. Moreto! Mi hermano! Cerca de mi! Será mi buena estrella, ó el genio del mal quien me le envia?

(Moreto, pobremente vestido, llega conducido por Lucila. Diana se halla colocada de manera que su semblante no sea conocido de Moreto al entrar.)

LUC. (*á Moreto.*) Ahi está la señora. (*se retira á una seña que Diana la hace.*)

DIA. (El es, no hay duda.)

MOR. Perdonad, señora, el que haya insistido en veros.

DIA. (*sin volver la cabeza.*) Te perdono, Moreto.

MOR. (*sorprendido.*) Yo conozco esta voz!

DIA. (*mirándole.*) Y conoces esta cara?

MOR. Tú! Tú! Qué me decia, pues, esa muchacha? Yo creia hablar á...

DIA. A Diana, hija del señor Mendez de Lisboa, y esposa del señor Dartigues de Burdeos... Pues bien; yo soy Diana Mendez... yo soy la señora Dartigues.

MOR. No estoy bien seguro de si estoy despierto... Venia aqui á pedir noticias de mi hermana Casilda, y...

DIA. A quien habias completamente olvidado.

MOR. Olvidado? Eso jamás! Jamás! Desde la triste tragedia del pobre diablo que fué tu marido, no tuve valor para permanecer en Coimbra. Tú habias tambien abandonado el pais para ir á Lisboa, y servias á la señorita Diana Mendez. Yo quise hacer fortuna... viajando... y despues de cuatro años de inútiles esfuerzos, la casualidad me trae á Burdeos al hotel de Francia. Alli unos jóvenes que bebian, hablaban con calor de las mugeres hermosas de la ciudad. Uno de ellos dijo: «La mas seductora es madama Dartigues, una belleza española.—Es portuguesa, le replicó el otro, y se llama Diana Mendez.—De Lisboa? Pregunté yo.—Si señor.» Diana Mendez, dije para mi; quizás habrá traido consigo á mi querida Casilda; y sin mas que preguntar por la casa Dartigues, vine á informarme de Diana, qué se habia hecho de Casilda.

DIA. Yo te lo diré, Moreto. Pero déjame mirarte bien, á ti que me recuerdas un pasado que ya no existe. Ah! si yo pudiera, por algunos instantes al menos, desechar el tormento que me abruma hace algunos años! A lo menos puedo, sin peligro, volver á ser Casilda... Casilda, que para ser dichosa, no pedia mas en otros tiempos, que un rayo de sol y algunos pesos que un jugador dichoso la regalaba en cambio de una sonrisa ó de un abrazo... Mira, Moreto; muchas veces he echado de menos la miseria de Casilda, y no pocas envidiado la tumba de Diana Mendez.

MOR. Ha muerto Diana?

DIA. Habiendo quedado huérfana y pobre, Diana me dijo un dia que iba á embarcarse para Francia, y me propuso acompañarla, porque estaba segura de encontrar asilo y proteccion en casa del rico Mr. Dartigues, amigo y agradecido de su padre; seguí á Diana, no por afecto, sino por curiosidad, y porque iba á Francia. A vista de las islas Baleares, nos asaltó una tempestad, y como si esto no bastára, estalló á bordo un incendio; el capitan del Santiago hizo echar á la mar las dos lanchas. Diana, á quien el terror habia aturdido, se arrojó en la primera, olvidando en la nave una cajita que contenia varias joyas, último resto de su fortuna perdida, y los papeles de su familia. Yo tomé la cajita, y quise bajar con mi ama, pero la lancha estaba llena de gente, y un marinero me llevó á la otra; ambas se alejaron del navio, pero á la claridad de las llamas vimos hundirse la primera. La nuestra se dirigió hácia una nave que se habia detenido para socorrernos; pero arrebatada por el viento, chocó contra la embarcacion y se hizo pedazos. Yo me desmayé; cuando recobré el sentido, me hallaba sobre el puente de un navio, y tenia convulsivamente asida la cajita de Diana. Entonces supe que era la única que habia escapado de tan espantoso desastre.

MOR. Ahora lo comprendo todo... la cajita, los papeles de familia... sin un portugués que pudiese desmentirte, sin un francés que pudiese reconocerte.... Era una partida importante la que se te ofrecia que jugar, y veo que la has ganado. Ya eres rica y feliz.

DIA. Feliz! Eso no, porque pertenezco á un hombre á quien aborrezco.

MOR. Haces mal; tambien tenias aversion á tu primer marido, que era un cordero. Vamos á ver, y por qué tienes odio á Mr. Dartigues?

DIA. Porque su nacimiento, su educacion, le elevan demasiado sobre mi; porque me eclipsa con su superioridad; porque se ha hecho mi censor; en fin, Moreto, le aborrezco porque amo á otro.

MOR. Eso es otra cosa!

DIA. Y le amo hasta el estremo de cometer un crímen, de morir por él.

MOR. Tú? Vaya, vaya!

DIA. Lo dudas? Mira: aqui llevo encerrado, en el secreto de la sortija, un veneno que abrasa. Pues bien, este veneno me matará, si el señor de Salvatierra me vende ó me abandona.

MOR. Cáspita!

DIA. Acabo de escribirle. Si me ama, como me lo ha jurado, huiremos juntos esta noche.

MOR. Qué imprudencia! Sacrificar á un capricho tu fortuna! La mia! Porque yo ya no te dejo. Tú encontrarás algun pretesto para colocarme en esta casa como pariente, como amigo ó como mayordomo..... mayordomo es mejor... una palabra que digas á tu marido, será bastante. Tú le engañas... él debe adorarte.

DIA. El! El paga mi odio con desprecios; quiere marchar mañana, y me manda que le siga. Sabes, Moreto, á dónde quiere llevarme? A Portugal; á Lisboa!

MOR. Diablo!

DIA. Ya ves, que no tengo mas esperanza que en el amor del señor de Salvatierra.

MOR. Y qué te ha respondido?

DIA. (*viendo á Lucila.*) Voy á saberlo.

ESCENA VIII.

Los mismos, LUCILA.

LUC. Señora, aqui está el billete que acaba de traer Oliva. Pobre muchacho! Venia pálido, descompuesto; me ha dicho que habia pasado una escena terrible en el hotel de Francia.

DIA. Qué ha sido ello?

LUC. El señor de Salvatierra os lo escribirá sin duda.

DIA. Trae y ten cuidado.

LUC. Descuidad, señora; cuando el amo vuelva, vendré á llamará á esa puerta para advertíroslo.

DIA. Vete pues. (*vase Lucila.*) «Querida Diana, vuestro billete me ha colmado de alegria; pero no me es posible dejar á Burdeos esta noche. Bajo el mas fútil pretesto, vuestro marido acaba de provocarme, y mi marcha pareceria una fuga; todo os lo puedo sacrificar, Diana, menos el honor.» Vá á batirse con Dartigues! Oh! Dartigues le matará!

MOR. Es preciso impedir ese desafio.

DIA. Cómo?

MOR. No lo sé, pero le impediré. Voy corriendo al hotel de Francia... me informaré... y... (*suenan tres golpes en la puerta.*)

DIA. Mr. Dartigues ha vuelto.

MOR. Bien... me marcho; cuenta conmigo. Cáspita! Cueste lo que cueste, no hay que volver á Lisboa. (*vase por la izquierda.*)

ESCENA IX.

DIANA, *despues dos criados y* LUCILA.

DIA. Mañana sin duda, mañana al amanecer, deben batirse; y de aqui allá podrá Moreto evitar ese fatal encuentro? Ah! si yo fuera Moreto ya sabria hacer ese duelo imposible. Pero Moreto, no se atreverá; tendrá miedo. (*dos criados traen una mesa con dos cubiertos, y Lucila les sigue con dos bugias encendidas.*) Qué quereis? Qué haceis?

UN CRIADO. El amo ha mandado poner aqui la mesa para cenar.

DIA. En este salon?

LUC. (*entrando.*) Si señora; asi lo manda el amo. (*bajo á Diana.*) Acaba de enviar á Felipe á la casa de Postas.

DIA. (No hay duda, suspende la marcha.)

LUC. (*bajo.*) Cuidado, que está aqui el amo.

ESCENA X.

Los mismos, GILBERTO.

GIL. Han hecho lo que he mandado; está bien! Ahora podeis retiraros.

LUC. Pero, señor...

GIL. No necesitamos á nadie que nos sirva esta noche; marchad. (*vanse Lucila y los criados.*) Habeis hecho los preparativos, Diana?

DIA. Pero marchamos por fin?

GIL. Sin duda; solo que he cambiado la hora.

DIA. (Eso es.)

GIL. He tardado en venir á cenar... Dispensadme... me han detenido en el hotel de Francia.

DIA. Si, por una disputa.

GIL. (*con indiferencia.*) Hola! Con que lo sabeis?

DIA. Una disputa con el señor de Salvatierra... con un amigo vuestro.

GIL. (*con emocion.*) En efecto, Raul era un compañero de mi infancia; un amigo de mi juventud: dos veces he pagado por él deudas de honor... un dia que se ahogaba, arriesgué mi vida por salvar la suya. Teneis razon, señora, era un amigo. (*reponiéndose.*) Pues sin embargo, y á propósito de no sé qué chanza de mal gusto, he dado un bofeton á ese pobre Raul, delante de veinte personas. Todos me han dicho que hacia mal, como podeis pensarlo, y...

DIA. (*con viveza.*) Y os han reconciliado?

GIL. (*gravemente y mirando á Diana.*) Reconciliado?.. Nada de eso. Cuando se pone á un hombre la mano en el rostro, se le deshonra, y el hombre deshonrado mata ó se hace matar. (*silencio de un momento; continua con calma.*) Ya es tarde... cenemos. (*viendo desmayarse á Diana.*) Qué teneis, señora?

DIA. No sé, me falta la respiracion...

GIL. (*señalando las flores que hay en la chimenea.*) El perfume de esas flores sin duda. (*las lleva al gabinete inmediato; Diana, reponiéndose, le sigue con la vista.*)

DIA. No; este hombre no matará á Raul!

(Pone en un vaso el veneno contenido en la sortija, y vuelve á sentarse: Gilberto entra en la escena. Está mas pálido; se apoya un momento en la chimenea; despues se acerca á Diana tranquilo y casi risueño.)

DIA. Gracias, caballero, estoy mejor, y pues lo quereis, cenemos. (*Gilberto acerca un sitial, y permanece de pié inmóvil.*) No os sentais?

GIL. Si; hace un calor sofocante. (*se sienta.*) Echadme de beber, Diana. (*Diana, sin emocion, toma la botella y echa vino. Gilberto tiene entre tanto el vaso en la mano.*) Ah! Seguramente que estais mejor, señora; vuestra mano no tiembla. Os resignais á partir; ya lo veo.

DIA. Os obedeceré, caballero.

GIL. Quereis que os diga el secreto de esta resignacion? Consentis en partir mañana, porque estais segura de que moriré esta noche!

DIA. Yo?

GIL. Si vuestra mano estaba tan segura al llenar el vaso, era porque en el vaso estaba ya la muerte; el espejo de ese gabinete os ha vendido; yo os he visto echar el veneno, y, mirad; habeis olvidado cerrar el secreto de la sortija.

DIA. (*para si misma.*) Ah!

GIL. Os ahorro un crimen, un crimen inútil. Queriais asesinarme por salvar á Raul... Ya es tarde, señora; he dado la muerte á vuestro amante.

DIA. Muerto! Muerto Raul! (*cae desmayada.*)

GIL. (*mirándola*) Y á esta muger amaba? Y á esta miserable criatura es á quien se halla encadenada mi existencia? Oh! infame! infame! (*hace un movimiento hácia ella y se detiene.*) Memoria venerada de mi padre, no quereis que yo me vengue? (*toma el vaso envenenado para acercársele á los labios.*) Religion santa de mi madre, no quereis que yo muera? (*arroja el*

contenido del vaso y vá á tirar del cordon de la campanilla.)

ESCENA XI.

Los mismos, LUCILA, *despues el* CRIADO.

LUC. Qué mandais?

GIL. (*con frialdad, señalando á Diana.*) Socorred á vuestra ama.

EL CRIADO. (*entrando.*) Señor, la silla de posta está á la puerta.

GIL. (*tomando el sombrero.*) Pues bien... vamos... yo parto.

LUC. Solo, señor?

GIL. Si, solo.

LUC. Y cuándo volvereis?

GIL. (*para sí mismo.*) Cuando Dios haya hecho justicia. (*vase por el fondo. Lucila socorre á Diana. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala comun de una posada. Puerta en el fondo que dá al campo; en segundo término, á la derecha, una puerta con el número 4; en primer término, otra con el número 2; á la izquierda, en segundo término, otra con un número. Mesas, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA.

ROBIN, LUCILA.

ROB. (*á un muchacho.*) Pepe, abre el salon pequeño á la persona que espera á Mr. Duvernais.

LUC. Y dí á la cocinera que disponga el almuerzo para el número 4.

ROB. (*mirando una botella.*) Di, sobrina, ya no hay rom en la botella?

LUC. Se gastó anoche lo último en rociar la tortilla del número 4.

ROB. Eso es. Di, has tomado otro azucarillo?

LUC. Si señor, esta mañana para la crema del número 4.

ROB. Canario! Crema para un criado! Vaya que se cuida el tal número 4.

LUC. Ya! Si no tiene otra cosa que hacer el pobre muchacho! En seis semanas que hace se halla en Nantes, esperando á su amo, que no llega, se distrae haciendo mucho gasto.

ROB. Pero di, cuidas de anotarlo todo en su cuenta?

LUC. Si, tio; Mr. Cristol lo pagará todo; á vos como huésped, y á mi como marido.

ROB. Qué, quiere casarse contigo?

LUC. Aun no me ha dicho nada; pero en el modo que tiene de mirarme, conozco que en eso vendremos á parar. Yo no tengo demasiada inclinacion á estar soltera, y no tengo mas dote, como sabeis, que las quinientas libras con que la señora Dartigues, mi ama, me gratificó tres años hace, al marchar á Holanda. El señor Cristol tiene un escelente empleo; á mas de eso es buen mozo, jovial y muy apuesto. En una palabra, es lo mejor que puede desearse en la carestia de maridos que nos aqueja.

ROB. No diré que no... pero bueno seria consultar á su amo, que no tardará en venir el buen doctor Latremblade.

ESCENA II.

Los mismos, DUVERNAIS.

DUV. Qué es eso, maese Robin? Conoceis al doctor Latremblade?

ROB. Todavia no, señor Duvernais; pero pronto le conoceremos, porque vendrá á parar aqui.

LUC. Y por cierto que tarda, y empezamos ya á entrar en cuidado.

DUV. Yo puedo daros noticias suyas... vengo de fuera, y he dejado al doctor en Ancenais...

LUC. Curando á algun enfermo?

DUV. Curándose á si mismo de una estocada con que le he pagado su insolente mentis. Por lo demas, ese anciano quimerista y espadachin, parece que está ya acostumbrado á tales accidentes. Este es el tercero que le sucede de un mes acá.

LUC. (Dios mio! Cristol no puede contar con semejante amo.)

DUV. (*á Robin.*) Ya os he dicho que tengo un convidado.

ROB. Mr. de Civrac?... Ya ha venido, espera en el saloncito.

DUV. Si, tratad de esmeraros, maese Robin. Acordaos que teneis por juez á un futuro teniente civil. Desplegad vuestros talentos, y mandadnos servir el almuerzo. (*vase por la izquierda.*)

ROB. Si señor, al instante. (*á Lucila.*) Por lo que acaba de decir Mr. Duvernais, creo que podemos disponer de la cámara del doctor. Debe necesitar á su criado. Arregla la cuenta del número 4, que pague, y que se vaya á Ancenis; yo voy á cuidar del buen servicio de esos señores. (*vase.*)

LUC. (*sola.*) Seguramente enviaré á Cristol á su amo, pero será cuando esté segura de que ha de volver; asi que, la primera cuenta que hay que ajustar es la del casamiento. (*llama.*) José, prevenid al número 4 que el desayuno está dispuesto en el salon grande. (*volviendo al proscenio.*) Es preciso que yo sepa á qué atenerme. Cristol vacila aun en hablar, pero yo buscaré medios de abrirle la boca. Voy á disponer su almuerzo. (*pone la mesa á la derecha.*)

ESCENA III.

CRISTOL, LUCILA.

CRIS. (*al bastidor.*) Eh? El desayuno... ya... Pero si acabo de despertar. (*sale.*) Si no he tenido tiempo de saber si tengo hambre!

LUC. (*acercando una silla á la mesa.*) El apetito viene comiendo, señor Cristol. Hoy habeis dormido mas que de costumbre.

CRIS. Si; me cansé mucho ayer á la mesa. (Como para adormecer las pasiones... y soy tan apasionado..... (*mira á Lucila.*) No puedo mirar á una muger sin inflamarme como un volcan... pero el amor me está espresamente prohibido.)

LUC. (*mirándole con complacencia.*) Señor Cristol, no me mireis asi, teneis los ojos tan vivos...

CRIS. Asi es... tengo la mirada muy viva. (Demasiado viva!) (*mirando amorosamente á Lucila.*) Ya sé de dónde dimana eso, señorita.

LUC. De dónde?

CRIS. (*con ternura.*) De un reflejo... ya sabeis... cuando el sol lanza un rayo, reluce todo, me mirais y brillo, eso es.

LUC. Sabeis que eso es una adulacion?

CRIS. No digo mas que la verdad. (Y por cierto que me voy encendiendo, y esto me vá á causar alguna mala

pasada. Apágate, Cristol, apágate.) (*durante este aparte, José ha servido el desayuno y se ha retirado.*)

LUC. (*poniéndole la mano en el hombro.*) Podia tambien pasar por una declaracion.

CRIS. (*desprendiéndose de pronto.*) Lo creeis asi? (Mudemos de conversacion.) (*se pone á la mesa y come con avidez.*)

LUC. (Qué tendrá?) Señor Cristol?

CRIS. Eh?

LUC. Ya veis que no me desagrada... podeis hablar.

CRIS. (*sin dejar de comer.*) De qué?

LUC. De qué? De vuestras intenciones. Ya veis que á mi no me corresponde el insinuarme; ó acaso esperais que yo os pida en casamiento?

CRIS. (*con espanto.*) No por cierto.

LUC. Entonces, esplicaos francamente; ya sabeis que yo soy libre.

CRIS. Lo siento!

LUC. Cómo? Con que sentis que yo sea soltera?

CRIS. Si por cierto.

LUC. Pero entonces, no podria ser esposa vuestra.

CRIS. Mejor para mi.

LUC. Qué decis?

CRIS. Digo que hay aqui, (*señalando al corazon.*) amor para todas las mugeres, y para vos mas que para las otras. A mi llegada á esta, os ví y me abrasé de amor. Es libre esta muchacha? Pregunté. Es soltera? Si, me digeron.

LUC. Y entonces?

CRIS. Entonces apagué el incendio. Sois muy hermosa, Lucila, pero os falta una cosa muy esencial.

LUC. Qué?

CRIS. Un marido. Casaos; casaos con uno que sea viejo, muy feo, pero casaos; sin eso no puedo amaros.

LUC. Vaya, os chanceais! No decis que me amais?

CRIS. Si, mucho.

LUC. Y no quereis casaros?

CRIS. No por cierto! Casarse!.. Es imposible... me está absolutamente prohibido.

LUC. Prohibido? Y por quièn? Por qué?

CRIS. Por qué? Y vos lo preguntais, Lucila?

LUC. Si, hablad claramente; lo exijo.

CRIS. Lucila, os prevengo que os vais á estremecer.

LUC. No importa; veremos desde cuándo teneis tanto miedo al matrimonio.

CRIS. Desde...

LUC. Desde?

CRIS. Desde que fui ahorcado!

LUC. Ahorcado! Ahorcado! Por accidente sin duda?

CRIS. Por sentencia; á la luz del sol y en la plaza pública, delante de dos mil tontos de la ciudad y sus inmediaciones, sin contar las grandes señoras y los nobles que alquilaron balcones por verme sufrir pasion y muerte.

LUC. Y por qué os ahorcaron?

CRIS. Por muy enamorado.

LUC. Qué barbaridad!

CRIS. A fé mia; lo juro sobre la cabeza de mis dos viudas.

LUC. Con que sois marido de dos mugeres? Habeis engañado á dos inocentes criaturas?

CRIS. Ah! si; hablemos, pues, de las señoras de Cristol. La primera era una marsellesa magnífica, que me sedujo por su estatura; era mas alta que yo con toda la cabeza. Pero la desgraciada abusó bien pronto de sus ventajas, y abusó doblemente; me engañaba de dia y de noche; me sacudia el polvo. Yo soy muy pacífico: una vez, no obstante, me enfadé un poco, y arrojé á madama Cristol por la ventana; pero tan torpe fuí, que cayó de pié y fué á buscar la guardia. No quisé esperarla; corri hácia el puerto, donde hallé un navio, pronto á darse á la vela, y sin informarme de dónde iba, me alejé de mi mujer, que era cuanto necesitaba. Este es el primer capítulo de mi historia conyugal. Habia jurado que no llegaria al segundo...

LUC. Y luego?

CRIS. Estaba ya hacia seis meses, en una hermosa ciudad del estrangero; en cada casa donde iba me encontraba una mesa de juego, y en torno de la mesa lindas muchachas viendo jugar. Para borrar el funesto recuerdo de madama Cristol, me habia abandonado á la pasion del albur. Jugaba con bastante suerte; ya sabeis el refran. Delante de mi se colocaba casi siempre una muchacha, cuyos ojos arrojaban relámpagos á través del velo, y aquellos relámpagos me fascinaban tanto, que una noche, que habia ganado una suma de alguna consideracion, fui siguiendo á mi bella desconocida; entré tras ella en una casa enteramente aislada. Apenas estuvimos en ella, se quitó el velo; entonces crei ver el cielo entreabrirse. Cai á los pies de aquel prodigio de hermosura, pero al punto me cae un hombre sobre los hombros, y me declara que es hermano de la que he comprometido, y que me matará si no me caso con ella. Dudo; mi futuro cuñado me dá dos horas de término; y á fin de pasarlas con comodidad, manda á su hermana que nos eche de beber. Era ella tan hermosa, el vino tan bueno, y mi corazon tan blando, que á la mañana siguiente me enseñaron un acta en regla; estaba casado. Me pareció ver á mi marsellesa levantarse delante de mi. No sé si fué por efecto del vino, del amor ó del miedo, cai malo, y asi estuve seis semanas. En este tiempo, mi segunda mitad descubrió la existencia de mi primera; encontrando en mi maleta el acta de mi casamiento marsellés. Furiosa de celos, sin duda, dió parte; en una palabra, me juzgaron y me condenaron; todo, durante mi enfermedad, y el dia mismo que entré en convalecencia, me hallé ahorcado.

LUC. Pobre muchacho!... Pero entonces, debiais estar muerto?

CRIS. Y lo estuve, pero ya estoy mejor á Dios gracias; tuve la fortuna de habérmelas con un principiante, que lo hizo muy mal, y que terminada la ceremonia, un médico francés compró mi cadáver para hacer una esperiencia. La cosa debió ser muy violenta, porque estornudé treinta y tres veces. Dios te ayude, repetia el doctor Latremblade, y ved ahi como entré á su servicio.

LUC. Con que fué el doctor Latremblade quien os salvó?

CRIS. Hace ya seis años que sucedió esto, y siempre me parece tener á las señoras Cristol á mi presencia. Ahora, Lucila, guardareis silencio sobre lo que os he contado, no es verdad? Y si me amais, si quereis que os ame, Lucila, casaos.

LUC. Gracias por el consejo, señor Cristol; tambien yo tengo otro que daros; aqui ya no teneis nada que hacer; id, pues, á cuidar á vuestro amo, que se ha batido y le han dado una estocada.

CRIS. Otra vez? Pues eso le faltaba! Desgraciado! Mas veces echa mano á la espada que á la lanceta. Herido decis? Y dónde? En qué lugar?

LUC. No lo sé.

CRIS. Os pregunto en qué sitio, en qué pais, en qué ciudad.

LUC. Ya! En Ancenis, donde se quedò.

CRIS. Voy al punto.

Luc. Cuando hayais pagado los gastos de hospedage.
Cris. Poned la cuenta, el dinero está en mi cuarto; venid por él.
Luc. Mejor es que vayais al mostrador, que yo no acostumbro á entrar en las habitaciones de los mozos que no pueden casarse.
Cris. Pobre amo mio! Y será otra vez por ella por quien se habrá batido, estoy seguro de ello.
Luc. (*deteniéndose.*) Por quién?
Cris. Por su madama Dartigues. (*vase.*)
Luc. Ah! Madama Dartigues! (*vase por el fondo á la derecha, al tiempo que Civrac y Duvernais entran por la izquierda.*)

ESCENA IV.

Civrac, Duvernais, *despues* Latremblade.

Duv. Con que confiesas que no te he ponderado los talentos de maese Robin?
Civ. Su almuerzo ha sido escelente; y ademas, tú le has sazonado de anécdotas á cual mas picantes; sobre todo, la historia de tu encuentro con el original doctor.
Duv. Es concebible un desconocido que cae enmedio de la conversacion de dos amigos?
Civ. Y que se constituye en don Quijote de una madama Dartigues. (*Latremblade, que entraba, se detiene en el fondo y escucha.*)
Duv. Es verdad que me acordaba de lo que me habias dicho, y la trataba con bastante ligereza.
Civ. Y se batió por eso? Pues bien, que encuentre campeones de esa muger; á tu doctor Latremblade ó á cualquiera otro; yo diré que madama Dartigues es una criatura infame.
Lat. (*entrando.*) Caballero, mentis!
Civ. Quién es el insolente?...
Duv. El mismo, mi doctor. Con que ya estais curado?
Lat. Me he asistido á mi mismo. Si todos los enfermos hicieran otro tanto, mejor lo pasarian.
Civ. Espero, caballero, que os retractareis de vuestra injuriosa palabra.
Lat. Estoy pronto á repetirla á cualquiera que insulte á la que habeis nombrado.
Civ. En verdad que es de creer que no conoceis á la muger que defendeis.
Lat. Aun cuando tenga todas las faltas que la suponeis, y cien veces mas, nadie la faltará al respeto delante de mi.
Duv. Ya te lo he dicho; no hay mas remedio que batirse con él, ó reconocer que su protegida tiene todas las virtudes.
Lat. Tampoco admito la prueba de lo contrario.
Civ. Con que es una mania?
Lat. (*animándose.*) Mania! Sea; pero si fueseis un hombre de corazon, caballero, os guardariais muy bien de reiros de ella; porque no puede tener mas que un principio respetable la mania que un hombre honrado y anciano, defiende á riesgo de su vida.
Civ. Mirad, doctor, hay en vuestras palabras cierta dignidad, un fondo de honradez, que olvidaria la vivacidad de vuestras espresiones, si quisiéseis dirigirme la mas leve manifestacion de pesar.
Lat. Ah! Os basta un pesar! Pues yo soy mas exigente, señor mio... yo necesito escusas; escusas escritas y firmadas por vos; dirigidas, no á mi, sino á madama Dartigues, y que enseñaré á cuantos se permitan formar mala opinion de ella.
Civ. Yo? Arrepentirme de faltas para con la indigna que ha hecho la vergüenza y la desesperacion de mi mejor amigo?
Lat. Y quién es ese amigo vuestro?
Civ. Su marido... Gilberto Dartigues, que se ha visto precisado á separarse de ella.
Lat. Calumnia, caballero, pura calumnia! Es un matrimonio envidiable; yo no le he visto, pero lo dicen, y lo creo.
Civ. Con que ignorais que hace mucho tiempo que no viven juntos?
Lat. Perfectamente! Y decis eso á mi, que me he puesto en camino, de intento, para corresponder á su invitacion?
Civ. Vais á casa de Dartigues? Sabeis dónde está? Podeis decírmelo?
Lat. Primero las escusas, caballero; despues os diré cuanto querais.
Civ. Exigis una cobardia, y no quiero ni aun responderos que me niego á darlas.
Lat. Entonces mi mentis subsiste, y estoy á vuestras órdenes.
Duv. Insiste!
Civ. Sea; puede uno batirse con un hombre á quien estima, aunque se trate de una muger á quien se desprecia.
Lat. No os pido mas que media hora, el tiempo necesario para enviar á mi criado á traer las espadas que he dejado en el coche, y buscar un testigo.
Civ. Pues bien, sea de aqui á media hora. Pero es una fortuna para vuestro humor guerrero, que yo no haya aun prestado juramento en el parlamento de Burdeos, como teniente civil, porque en vez de tener el honor de que me atraveseis el pecho, no hubiera podido responder de otro modo á vuestro insulto, que haciendoos arrestar.
Lat. Arrestar!
Duv. Ese hubiera sido su deber.
Civ. Hasta luego, caballero.
Lat. Hasta luego... hasta muy luego.
Civ. (*á Duvernais.*) Lo entiendes? Se habrá reunido Dartigues con su esposa? Es casi inverosímil... Es imposible! (*vanse por el fondo.*)

ESCENA V.

Latremblade, *solo.*

Arrestarme porque defiendo el honor de la familia! Porque no quiero que se ultrage el honor de la hija de mi hermana! Yo no pretendo decir que sea irreprensible... no lo sé. Ya hace diez años que no la he visto, y tendré sobre todo eso una esplicacion en particular con ella. (*llama á la campanilla.*) Pero en cuanto á los demás... Voto á San... Maldicientes ó calumniadores, no basta que me hieran, será preciso que me maten, ó que se resignen á respetar á madama Dartigues, Susana Kernel, mi sobrina. (*llama mas fuerte.*)

ESCENA VI.

Latremblade, Lucila.

Luc. Habeis llamado, caballero? Qué mandais?
Lat. Mi criado...
Luc. Si habeis venido solo, el criado no ha llegado aun.
Lat. Que no ha llegado? Si hace tres semanas que le he enviado aqui?
Luc. Con que sois el doctor Latremblade? Os creiamos herido. Estais mejor?
Lat. Muy bien, hija mia; dispuesto á empezar de nuevo.
Luc. (*mirándole.*) Y siempre por madama Dartigues?

LAT. La conoces?
LUC. Mucho, caballero.
LAT. Y vas tambien á hablar mal de ella?
LUC. No señor; una ama tan buena!.. Yo siempre la alabo á los que quieren escucharme.
LAT. Ah! Has servido en su casa y piensas bien de ella! (He aqui una guapa muchacha; he aqui un testigo que puedo invocar.)
LUC. Si hablára de otro modo, seria una ingrata; me ha dado quinientas libras de gratificacion...
LAT. Cáspita! Tanto como eso á ti, su criada!
LUC. Su doncella, caballero. Y además, era la confidenta de todos los secretos de mi señora.
LAT. Bien, muy bien! (Ya me guardaré de invocar tu testimonio! No es tan buena chica como yo creia.) Enviame á Cristol.
LUC. (*recordando.*) Cristol! Ay Dios mio! Si supieseis...
LAT. Ah! Ya adivino... Hay aqui muchachas casaderas?
LUC. Si señor.
LAT. Pobre infeliz!... Me le habrán atrapado!
LUC. No señor; no ha llegado hasta ese estremo... felizmente: pero creyendoos enfermo en Ancenis, os le he enviado, y se marchó.
LAT. Ha marchado!

ESCENA VII.

Los mismos, CRISTOL.

CRIS. No señor; conocí vuestro carruaje en la casa de postas, y vengo corriendo...
LAT. Me alegro.
CRIS. (*con tono de reconvencion.*) Con que os habeis hecho dar otra estocada? Espero que será la última, pues ya debeis tener bastantes.
LAT. Si, muchacho, soy de tu parecer; ya es tiempo que la suerte venga en mi favor.
CRIS. Para eso hay un medio escelente; no batirse.
LAT. Vienes de la casa de Postas? Pues bien, amigo, tienes que volver allá.
CRIS. A mandar disponer los caballos?
LAT. No por cierto; á buscar en el cofre...
CRIS. La caja del botiquin?
LAT. Las espadas.
CRIS. Para suprimirlas, es verdad?
LAT. Para batirme.
CRIS. Batiros? Pero con quién? Acabais de llegar... no habeis visto á nadie...
LAT. Si por cierto... Habia aqui dos caballeros...
CRIS. Dos? Con uno bastaba... eso no podia faltar. (*bajo á Lucila.*) No se le puede dejar solo con nadie; está loco rematado... de veras.
LAT. Aun estás ahi?
CRIS. (*en ademan de súplica.*) Señor... pensad bien que teneis la mano desgraciada.
LAT. (*con impaciencia.*) Quieres ir?... Sino iré yo mismo.
CRIS. No señor... no puedo consentirlo... soy vuestro criado para obedecer... Voy por las espadas, pero de camino traeré el botiquin. (*vase.*)
LAT. Con su botiquin vá á traerme la desgracia. (*á Lucila.*) Ahora necesito un testigo.
LUC. Un testigo?
LAT. Conoces alguno á quien pueda dirigirme?
LUC. Si señor; nuestro vecino, el capitan Ridois, un viejo corsario, que no sirve para otra cosa.
LAT. Dónde vive?
LUC. Ahi, al lado, la segunda puerta junto á la iglesia. Debe estar en casa, porque tiene un niño enfermo.
LAT. En ese caso no haré un viaje inútil; si no encuentro al padre, visitaré al hijo. (*vase.*)

ESCENA VIII.

LUCILA, *sola.*

Es un escelente sugeto este doctor; pero cómo es que se bate á diestro y siniestro por madama Dartigues? De dónde la conoce? Ella no me le ha nombrado nunca, ni yo recuerdo haberle visto entrar en la casa.

ESCENA IX.

LUCILA, DIANA, MORETO.

DIA. Buenos dias, Lucila.
LUC. Madama Dartigues, mi buena ama!
DIA. Si, vuelvo á Francia, á consecuencia del fallecimiento de Mr. Van-Brouk, tio de mi marido, y como pasaba por Nantes, he querido detenerme aqui, donde sabia que estabas.
LUC. (*á Robin.*) Ves á preparar el pabellon para la señora, que es lo mejor que tenemos, y despues la mesa en la salita para el señor mayordomo.
MOR. Ocupaos de la habitacion de la señora. Yo tengo diligencias que hacer en la ciudad... despues almorzaré. (*vase Lucila por la derecha.*)

ESCENA X.

DIANA, MORETO.

MOR. Y bien, Casilda, ya estamos en Bretaña.
DIA. Mucho dudo que Lucila pueda ponernos en camino del que venimos á buscar; pero tú sabes otros medios, no es verdad?
MOR. Si, la casa de postas y la policia. Uno y otro nos darán noticias de Dartigues, á menos que haya mudado de nombre para mejor ocultar su vida.
DIA. Es preciso que me ayudes á buscarle, Moreto; sino en vano habré sufrido durante tres años la tirania de un anciano achacoso, avaro y colérico; sino se me escapa de entre las manos esa inmensa fortuna que el moribundo sentia tanto abandonar, y que despues de sus dias parece trata aun de disputarme.
MOR. Si, el tio millonario ha hecho esperar largo tiempo su herencia; pero no podia despojarte de ella. Sabias representar tan bien tu papel á su lado!.. Pobre joven, victima de un esposo infiel!.. Angel de resignacion, que para consolarse de este abandono, viene á ejercer al lado del mas molesto de los parientes, las virtudes de la piedad filial. Ah! por cierto que bien has ejercitado la paciencia.
DIA. Y en premio de esta violencia que me he impuesto, no traigo otra cosa que un testamento estraño, que me obliga á nuevos sacrificios, que me impone otra condicion imposible quizá de cumplir.
MOR. Si, la de encontrar á tu marido, y hacer con él buen matrimonio durante un año... Y hasta la conclusion de este término, no entrarás en posesion de la herencia. Ah! preciso es renunciar á tus proyectos de venganza; y los tres años que han trascurrido despues de la muerte de Salvatierra, deben haber estinguido tu odio y tus pesares.
DIA. No; yo haré pagar á Dartigues cada lágrima que me ha hecho derramar; pero tendré el valor de ocultar este odio, hasta que llegue la hora. Entonces estallará mas terrible, mas desapiadado. Hablo de valor! Oh! Moreto! Cuánto necesitaré para humillarme delante de ese hombre, y para consentir en una reconciliacion aparente!
MOR. Piensa que no heredais el uno sin el otro; que no es millon y medio para cada uno, sino tres millones para los dos, lo que os deja el tio Van-Brouk.

DIA. Tres millones! (*con resolucion.*) Supones á Dartigues en este pais, no es verdad? Infórmate bien... hoy mismo... al instante.

MOR. Descuida! (*vuelve Lucila; Moreto habla respetuosamente á Diana.*) Voy á ejecutar vuestras órdenes... Tendré el honor de informaros á mi vuelta. No os olvideis de escribir á vuestro notario de Burdeos. (*vase.*)

ESCENA XI.

LUCILA, DIANA.

LUC. (*presentando un velador á Diana.*) Aqui teneis todo lo necesario. No lo creereis, señora, apenas me ha sorprendido el veros.

DIA. Cómo es eso? (*dispónese á escribir.*) Nadie me sospechaba en Francia.

LUC. Es que he oido hablar tanto de vos!.. Hoy mismo!

DIA. Hay alguno que me conozca en Nantes? (*vivamente.*) Mi marido quizás?

LUC. No señora. Ninguna noticia tengo de Mr. Dartigues, desde el terrible acontecimiento de Burdeos.

DIA. (Esta muchacha nada sabrá decirme!) (*con indiferencia.*) Pues entonces, quién te ha hablado de mi?

LUC. Un caballero anciano, que sin duda habreis conocido en Holanda, que os quiere mucho. La prueba es, que se ha batido por causa vuestra.

DIA. Si? Y cómo se llama?

LUC. Tiene un nombre gracioso, señora, y que no hará adivinar su carácter. Se llama el doctor Latremblade.

DIA. En efecto; es un nombre que nunca olvidaré, pero que jamás he oido.

LUC. Qué, no le conoceis, señora?

DIA. Ni por asomo. (*pónese á escribir.*) Pero deseo conocerle. Si vuelve aqui, anúnciamele.

LUC. Bien, señora. (*dirigese hácia el fondo y se encuentra con Latremblade que entra.*)

ESCENA XII.

Los mismos, LATREMBLADE.

LAT. El hijo del capitan está mejor; no tengo testigo, pero el niño sanará.

LUC. (*á media voz.*) No veis, caballero, quién está allí?

LAT. Si, aquella señora que escribe; y qué hay?

LUC. Es ella.

LAT. Quién? Qué ella?

LUC. Madama Dartigues.

LAT. Eh?

LUC. (*á media voz.*) Me ha dicho que os anuncie.

LAT. Gracias... vete... yo me anunciaré á mi mismo. Ea, vete.

LUC. Pero señor, yo...

LAT. Esta muchacha es insoportable. Vete pues. (*la empuja fuera.*)

LUC. (*ap., marchándose.*) No hay remedio; está loco. (*vase.*)

ESCENA XIII.

DIANA, LATREMBLADE.

LAT. (*á si mismo.*) Ya estamos cara á cara, mi señora sobrina. Lo que no quiero decir á los demás, voy á decíroslo á vos misma. Empecemos riñéndola; luego tendremos tiempo de abrazarla. (*acercándose.*) Señora...

DIA. (*escribiendo.*) Quién es?

LAT. Yo, el doctor Latremblade.

DIA. (*sin moverse.*) Dispensadme; estoy acabando una carta.

LAT. (Sin duda no lo ha oido bien.) Os he dicho que soy el doctor Latremblade.

DIA. (*lo mismo.*) Está bien; al instante acabo.

LAT. (*enfadado.*) (Eso ya es demasiado!) Susana!

DIA. (*naturalmente.*) Llamais á la muchacha de la casa? Equivocais el nombre, caballero; no se llama Susana, sino Lucila. (*al hablar Diana, levanta la cabeza y mira á Latremblade, que la contempla estupefacto.*)

LAT. Gran Dios!

DIA. Qué teneis?

LAT. No sois mi sobrina.

DIA. (*sonriendo.*) Sobrina vuestra?

LAT. Perdon mil veces, señora; yo estoy confuso, desesperado; ó hay un error, ó una mistificacion. (*saludando y retrocediendo.*) Dignaos recibir mis humildes escusas. Creia hablar á madama Dartigues.

DIA. Pues bien; yo soy madama Dartigues.

LAT. (*deteniéndose.*) Estais bien segura, señora?

DIA. La pregunta es estraña!

LAT. Vamos á ver; quizás haya dos señoras Dartigues, porque yo conozco una y no sois vos.

DIA. Fácil es evitar la confusion. Yo soy la esposa del señor Dartigues.

LAT. De Burdeos?

DIA. Justamente.

LAT. Hijo de un armador?

DIA. El único en Burdeos que lleva ese nombre.

LAT. Y vuestro marido es hijo único?

DIA. Si señor.

LAT. Otra pregunta, y nada mas. Desde cuándo os llaman madama Dartigues?

DIA. Desde hace seis años.

LAT. (Cuatro antes del casamiento de Susana! No ha duda, es una antigua querida, que ha conservado el nombre de su amante; cosa muy comun, pero nada conveniente.

DIA. Reflexionais, caballero? Os parece aun posible la confusion?

LAT. Oh! No señora, por fortuna. (Y por una querida de mi sobrino, es por quien me he batido! Imbécil!

DIA. En todo esto hay un misterio que no puedo esplicarme. Hoy, por la primera vez, he tenido el honor de veros, y por la primera vez tambien he oido vuestro nombre; no nos conociamos el uno al otro, y no obstante, me han dicho que habiais tenido la bondad de haceros mi campeon.

LAT. Si, señora; me he batido por vos tres veces, y he sido herido... tres veces.

DIA. Pues lo siento infinito, caballero; creedme.

LAT. Y yo, señora? Yo lo siento mucho mas. El ser herido no vale la pena; pero ponerse en ridículo!..

DIA. En ridículo!

LAT. Sin duda... lo he estado... y voy á estarlo ahora mismo... Yo creia vengar la reputacion de mi sobrina; y lo que hacia era defender el honor de una... de una desconocida...

DIA. Pero qué hay de comun entre vuestra sobrina y yo?

LAT. Nada, á Dios gracias, mas que ese nombre de Dartigues, que una de las dos debe necesariamente ceder á la otra.

DIA. No os comprendo, caballero.

LAT. Pues vais á comprenderme.... Mr. Dartigues hace dos años que se ha casado.

DIA. Casado!

LAT. Con mi sobrina.

DIA. Es imposible!

LAT. Sabed, señora, que en mi familia nadie se casa sino sériamente; por eso yo me he quedado soltero.

DIA. Vuestra sobrina se ha casado con Gilberto Dartigues?

LAT. De Burdeos.
DIA. Y habeis asistido á la ceremonia?
LAT. No, no estaba en Francia.
DIA. (Ah!)
LAT. Pero estoy convidado al aniversario del casamiento, y me hallo en camino para ir á abrazar á Mr. y madama Dartigues.
DIA. Vais á buscar á Gilberto... Sabeis en qué pais se halla?
LAT. Y vos lo ignorais, señora, gracias á Dios. Bien comprendereis, que no iré á cometer la tontuna de decíroslo. Sois demasiado bella, señora, para que yo no tema vuestra presencia cerca de mi sobrino. Por otra parte, ¿con qué esperanza tendriais la imprudencia, me valgo de una espresion galante, la imprudencia de introduciros en casa de madama Dartigues, en casa de su muger? Gilberto debe ser un hombre de bien, y os hablará en el lenguaje que acabo de tomarme la libertad de haceros oir.
DIA. Caballero! Estais abusando...
LAT. No por cierto. Uso del derecho que me dan las tres estocadas que he recibido por causa vuestra. Continuo, pues, y seré breve; comprometer su nombre, es sin duda mal hecho: pero en fin, á nadie se hace daño mas que á si mismo. Pero comprometer el nombre de otro, es mas que una falta, es un crimen. Si, señora, un robo que la ley debe castigar. Os prevengo que no me batiré en adelante con el que os acuse de coqueta ó de ligera; pero desafiaré á todos los que pretendan que sois madama Dartigues. Es decir, que este nombre no os pertenece... Es decir, que os prohibo el llevarle... Tengo el honor de saludaros. (*vase.*)

ESCENA XIV.

DIANA, *sola.*

Bendita sea la revelacion que me ha hecho este hombre! Ya no tendré que humillarme delante del modelo de las virtudes... Gilberto tiene tambien flaquezas; Gilberto tiene faltas que perdonar. No me equivoco; aqui no se trata de una intriga amorosa; el papel que me atribuye ese crédulo anciano, es su casta sobrina quien le representa. Ah! no quiere decirme dónde está Dartigues! Qué me importa? Para saberlo ahora, me bastará hacer seguir al doctor.

ESCENA XV.

DIANA, MORETO.

MOR. (*entrando acelerado.*) Señora! Ah! estás sola?
DIA. Si, acércate, Moreto; tengo que darte una escelente noticia.
MOR. Mejor es aun la que yo traigo.
DIA. Ya sé como podremos encontrar las huellas de mi marido.
MOR. Y yo ya las he encontrado.
DIA. De veras?
MOR. Si, ya sé donde se halla. Los caballos están en el carruage; ven, te espero. (*vase apresurado.*)
DIA. (*poniéndose el manto de viaje.*) Oh! esta fortuna! Ahora ya estoy segura, la tendré.
CRIS. (*entrando.*) Aqui están las espadas y la caja del botiquin.
(Diana pasa rápidamente delante de él sin verle. Cristol fija la vista en ella, deja caer las espadas y dá un grito de sorpresa y de terror.)
CRIS. Ah! es el diablo, ó es mi segunda? (*cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Patio jardin de una alqueria. A la derecha un pabellon, á la izquierda la vivienda.

ESCENA PRIMERA.

MAGDALENA, *criados de labranza, despues* LATREMBLADE.

(Magdalena distribuye platos, vasos y servilletas á los criados, que van y vienen durante la escena.)

MAG. Despacha, Primel... Pon la mesa debajo del emparrado. Tú, Loic, dispon la espita en el tonel grande; pronto, pronto, que ya tocan en la parroquia, y van á venir los amos.
LAT. (*saliendo.*) De aqui á un momento; los he dejado repartiendo á los pobres lo que llamariais en Bretaña el pan del perdon.
MAG. Es decir que ya se concluyó la ceremonia?.. Ya está por fin bautizada nuestra campana nueva?
LAT. Si, hija mia, y se llama Susana, como su madrina. La verdadera, la buena, esa es.. Verdaderamente he llegado en dia muy feliz... he podido juzgar cómo honran á la hija de mi hermana... como la respetan, y eso me ha consolado, que bien lo necesitaba... eso me cambia.
MAG. Y mucho que la honran á madama Gilberto nuestra ama... Si alguno se atreviese á hablar de ella sin descubrirse la cabeza, tendria contra si á todos los mozos del pais.
LAT. En efecto. (Entonces ya no tengo que hacer aqui otra cosa mas que descansar. Y yo, que ayer mismo me aventuré á batirme aun por la otra! Por fortuna el bueno de Mr. Civrac se dió por satisfecho con un apreton de manos.)
MAG. Y cuando los amos llegaron aqui, ahora hace dos años, recien casados, todo el mundo los miraba de reojo.
LAT. Y por qué?
MAG. Vaya! El ver á unos desconocidos que visten y obran de diferente modo, siempre infunde recelos; pero afortunadamente eso duró muy poco. Podian haber adquirido un palacio, y se contentaron con una alqueria... pudieran haber vivido en la holgura, y se pusieron alegremente á trabajar como cada hijo de vecino, y eso nos ganó el corazon. Finalmente, les aman por el bien que hacen, y les estiman porque dan buen ejemplo.
LAT. De suerte que Gilberto Dartigues, mi sobrino, se ha hecho decididamente labrador?
MAG. Y hasta es el primero de entre nosotros, aunque no se ha criado para eso. Sin vanidad puedo asegurarós, que desde Guerande hasta la aldea de Batz, no hay cosa mas hermosa debajo del sol, que nuestra casa de labranza, como no hay nada mejor apuesto que el amo y su señora. Es decir, que todo está en el mejor órden; la reina de las mugeres debia tener por compañero al rey de los maridos.
LAT. Es decir, que es un matrimonio dichoso?
MAG. Mas que eso; es un verdadero paraiso; asi es que hemos entrado todas en ganas de casarnos, y el dia de hoy no se vé una muchacha soltera en el pais.
LAT. No hay muchachas solteras? Pues en ese caso, Cristol podrá vivir aqui seguro. Pero á propósito, qué es de mi ahorcado?
MAG. Vuestro ahorcado?
LAT. Quiero decir, mi criado; no hagais caso, es un mote amistoso que suelo darle.

MAG. Ah señor! ese muchacho está muy melancólico. Apenas llegó, se encerró en un cuartucho, y no hay quien le saque de él.

LAT. (Lo mismo que en Nantes, donde le encontré tiritando como un tercianario, y sin poder sacar de él una palabra de esplicacion. (*óyese una descarga.*)

MAG. Ya salen de la iglesia el padrino y la madrina. (*óyese á lo lejos una campana.*)

LAT. Y esa es su ahijada que canta.

ESCENA II.

Los mismos, CRISTOL.

CRIS. (*sale como espantado.*) Qué estrépito! Qué significa eso?

MAG. Es la fiesta que se anuncia.

LAT. Y eso te ha despertado? Me alegro.

CRIS. No dormia, señor, pensaba.

LAT. Y en qué pensabas?

CRIS. En pediros la cuenta.

LAT. Qué, quieres dejarnos?

CRIS. Tengo intencion de viajar... muy lejos.

LAT. Por qué razon?

CRIS. Porque está ella muy cerca.

LAT. Quién?

CRIS. Ella... mi muger.., mi segunda... la que me hizo... (*deteniéndose al ver que Magdalena escucha.*)

MAG. Ah! ya, ya lo entiendo...

CRIS. No señora, no lo podeis entender; si no fuera mas que eso, no me hubiera muerto.

MAG. (*ap., viendo acercarse á uno en el fondo.*) El mensagero... trae una carta... No olvidemos lo que nuestra ama me ha recomendado. (*vase al fondo y desaparece con el mensagero.*)

LAT. Dices, Cristol, que has visto á tu muger? A la última?

CRIS. Si señor; ó es ella, ó el diablo.

LAT. Pero no estás seguro?

CRIS. Si estuviese seguro, no me habriais vuelto á ver.

LAT. Con que es decir, que por una vision estás desde ayer en semejante estado?

CRIS. Una vision? Bien puede ser... entonces consiste en los aires, por eso quiero cambiarlos; y si me apreciais en algo, ya podeis enviarme á otra parte.

LAT. Y dónde irás para ponerte al abrigo de la que ves en todas partes?

CRIS. Yo he formado mi plan; ella debe temer el frio siendo de un pais cálido; me iré á la Laponia, á Kamkatcha, á cualquier parte, con tal que hiele.

LAT. Vaya, bien, basta; mejor cuenta te tendrá callar, y hacerte útil. Vé á ayudar á las criadas.

CRIS. Señor, estais en vuestro juicio? Con que estoy deseando el hielo y me enviais al fuego?

LAT. Vé pues, y nada temas... todas están casadas.

CRIS. De veras? Pues entonces me atrevo. (*vase por la izquierda, en el momento que entra Gilberto por el fondo.*)

ESCENA III.

LATREMBLADE, GILBERTO, *criados de labranza, aldeanas.*

GIL. Todos los hombres al patio con sus escopetas..... todas las mugeres aqui con sus ramilletes. Han acompañado á la madrina al salir de la iglesia, y quiero que al entrar Susana encuentre aqui la fiesta. (*los hombres se forman en el fondo; las aldeanas van entrando con sus ramilletes.*)

LAT. Bien, sobrino. Recibid dignamente á la muger que lleva con buen derecho vuestro nombre; porque ell le honra. Por desgracia, no se puede decir de toda otro tanto.

GIL. (*inquieto.*) De quién quereis hablar? (*vivo dentro.*)

MAG. (*saliendo.*) Ya viene el ama! (*al entrar Susan los jóvenes disparan sus escopetas, las mugeres presentan sus ramilletes.*)

ESCENA IV.

Los mismos, SUSANA, *aldeanos y un tamborilero.*

SUS. Otra sorpresa? Mas flores? En verdad que mi c razon nunca será bastante rico para pagar tant finezas.

GIL. Seremos dos, Susana, para satisfacer la deuda.

LAT. (*bajo á Gilberto y Susana.*) Pero hijos, al lleg yo aqui, me habia prometido el placer de hablar l bremente con vosotros; y en vez de hallarme en f milia, me encuentro con una fiesta; esto es agrad ble, pero algo embarazoso.

SUS. (*á media voz.*) Esperad. (*al tamborilero.*) Decid me, Patrik, si hiciéseis bailar un poco á los jóven mientras preparan el almuerzo, tendrian luego mej apetito?

TAMBORILERO. Teneis razon, señora Gilberto; vamos prado de los pastores.

GIL. Hasta luego, amigos mios.

ALDEANOS. Hasta luego. (*vanse con el tamborilero q toca.*)

ESCENA V.

SUSANA, LATREMBLADE, GILBERTO.

SUS. Ya veis qué complacientes son nuestros vecinos.

LAT. Si, muy complacientes. Se van y me dejan por f el derecho de decirte, cuanto me alegra el verte, S sana mia; cuan agradecido estoy, Gilberto, pues q la encuentro dichosa. He tomado algunos informe en cuanto á vosotros, y gracias á Dios, veo que h perfecta conformidad y ternura recíproca.

SUS. Sin duda, pero eso nada tiene de particular. L buena armonia, la confianza, la ternura entre dos e posos, es cosa muy natural.

LAT. Cáspita! Tambien las perlas y los diamantes s cosas muy naturales, y no por eso dejan de ser rar Vosotros que os amais, no sospechais eso, querid mios; pero hay matrimonios espantosos!

GIL. Oh! si, horribles; que conducen á una insoport ble cadena, incapaz de romperse, á no ser por el c men ó la desesperacion.

SUS. Un mal matrimonio debe ser la mayor de tod las desgracias! Pero á qué es casarse cuando no aman?

GIL. Porque no siempre es uno dueño de seguir la i clinacion de su alma; porque el destino separa c frecuencia á los que el amor debiera reunir.

SUS. A Dios gracias, la Providencia ha permitido q nosotros podamos encontrarnos.

LAT. Y, vamos á ver; Gilberto no es del pais; ¿co diablos fué el conoceros?

SUS. Voy á decíroslo. Habia en una ocasion un viaje bello joven; éra él... Habiéndose detenido en una p sada de nuestra aldea, se manifestaba tan impacie por continuar su camino, que hacia volver loco l postillon que cambiaba de tiro, y á la criada que ponia la mesa. Pues bien, al dia siguiente, á una v tana de la propia posada, se veia al mismo viaje tan apresurado la víspera, que respiraba tranqui mente el aire fresco de la mañana, y en nada pensa

menos que en partir.

LAT. (*á Gilberto.*) En verdad que habiais cambiado bien pronto de intencion.

GIL. Era mi suerte la que habia cambiado. Sin saber si amaba ya, sin tener ni esperanza ni deseo de ser amado, me sentia invenciblemente detenido por el deseo de contemplar aun la bella aparicion que habia fijado mis miradas, y llenado mi imaginacion de ternura y de respeto.

LAT. Una aparicion?

GIL. Figuraos una hermosa joven... (*señalando á Susana.*) era ella... guiando con una admirable paciencia á una anciana octogenaria, que el peso de su avanzada edad, obligaba á detenerse á cada paso. «Vé ahi, esclamé, una hija piadosa; qué de cuidados, qué de amor para su abuela!—No es su abuela, me respondieron; la señorita Susana no tiene mas que un pariente que anda corriendo tierras.

LAT. Hablaban de mi.

GIL. (*continuando.*) «El cuadro que hoy os llama la atencion, prosiguió el posadero, le vemos todos los dias. No se trata de una jóven que desempeña un deber para con su abuela; es mas aun; es una jóven señorita, que lleva á pasear á su antigua criada.

LAT. Era Jaquelina, la buena Jaquelina que me crió, que nos ha educado á tu madre y á mi... Jaquelina, á quien yo habia prometido el descanso en su vejez, y tú eres quien ha cuidado de ella? Tú, quien ha pagado por mi!... Querida hija mia, ven, satisfaré mi deuda. (*la abraza con efusion.*)

SUS. Era tambien el deseo de mi madre el que yo cumplia. Nada en el mundo hubiera podido decidirme á abandonar á Jaquelina; pero la pobre vieja se debilitaba de dia en dia. La mandaban que paseára, y el socorro de mi brazo no la bastaba apenas, y su mano temblorosa no podia ayudarse con un báculo. Por fortuna, al cabo de algun tiempo, encontramos todos los dias á nuestro paso al jóven y discreto viajero; tanto que una tarde, que Jaquelina se sentia aun mas débil, se encontró que á la vuelta tenia á su disposicion dos brazos para sostenerla.

LAT. Muy bien. Y de ahi vino el amor?

GIL. Ya habia venido, tio.

SUS. Si, pero era necesario adivinarle, porque este caballero, obstinado en guardar silencio... Sin embargo, se habia hallado presente á lo últimos momentos de Jaquelina. Delante de él y estrechando su mano, me habia dicho la moribunda: «Parto sin pesar, hija mia, no te dejo sola... Dios te concede un buen marido..» Dos meses despues, Gilberto nada me habia dicho aun de su amor... En fin, un dia...

LAT. Se declaró?

SUS. Al contrario... vino bruscamente á anunciarme su marcha. En su palidez... en las lágrimas que inundaban sus megillas, en la emocion de su voz quebrantada, comprendí los padecimientos de su corazon. Era preciso resignarme á perderle, ó arrancarle una declaracion... No vacilé pues. «Partis, le dije, porque no os creeis amado? Quedaos, Gilberto... yo os amo!

LAT. Y se quedó? (*á Gilberto.*) Ah! maese Gilberto! Con que os haceis de rogar para ser dichoso?

GIL. Es que mi juventud ha sido cruelmente probada. He padecido tanto, que no podia, sin terror, concebir el pensamiento de encadenar con mi suerte á mi querida Susana. Queria huir de ella, para sustraerla á mi desgracia; pero la influencia de sus dulces virtudes, venció al fatal destino que me perseguia. Una nueva existencia se ha revelado á mi. Ya creo en el porvenir; estoy cierto de mi felicidad; tengo la paz del hogar doméstico... tengo el trabajo... tengo el amor!

ESCENA VI.

Dichos, CRISTOL.

CRIS. Perdonad, señores, y compañia. (*Susana y Gilberto le miran sonriéndose, y él parece cortado.*)

LAT. No hagais caso, es mi criado; un tonto, un visionario. (*á Cristol.*) Acaso has visto al diablo?

CRIS. Al contrario... se trata de un angel que pide...

GIL. Qué?

CRIS. La caridad. Como no se atreve á entrar, he querido anunciarla.

SUS. (*vivamente.*) Gilberto, nos habremos olvidado de alguno en nuestras limosnas? Di que entre esa pobre jóven; la fiesta de hoy es mas principalmente para los desgraciados.

CRIS. (*dirigiéndose al fondo.*) No os incomodeis; no tengo mas que hacer una seña... Mirad, ya está aqui.

(Sale una jóven estrangera, con trage severo; de su cabeza pende un largo velo blanco, y lleva en la mano una bolsa de limosnera. Los aldeanos la siguen con interés y respeto.)

ESCENA VII.

Los mismos, la VIAJERA, MAGDALENA, *aldeanos.*

GIL. Una desconocida!

SUS. Qué hermosa jóven!

LAT. Y Cristol nos anunciaba una mendiga!

VIA. En efecto, señor, pido limosna, no para mi; pero estoy autorizada por el señor arzobispo para pedir para la fundacion de un hospicio, donde las pobres madres sin asilo, puedan dar á luz sus hijos. Pedid á Dios alguna cosa, y por poco que deis, nosotras le rogaremos que os oiga, en gracia de vuestra limosna. (*los aldeanos y aldeanas se agrupan al rededor de la limosnera, y echan algunas monedas en la bolsa.*)

SUS. (*á Magdalena.*) Sabes dónde están mis ahorros? Vé á buscarlos, Magdalena.

GIL. Yo mismo iré... quiero unir mi ofrenda á la tuya. (*vase.*)

VIA. (*á Latremblade.*) Y vos, no teneis nada que pedir á Dios?

LAT. (*dando su ofrenda.*) Yo? Que ninguna de las que aqui se hallan, tenga que aprovecharse de vuestra fundacion.

CRIS. (*á media voz, echando en la bolsa.*) Yo le pido la gracia, de no ver mas á mi muger.

VIA. Esas gracias no se piden.

CRIS. Si se piden, si.

SUS. (*á la Viajera, que vá á retirarse.*) Esperad, mi marido vá á traeros mi ofrenda.

VIA. Vuestros donativos son tanto mas meritorios, cuanto que no deben aprovechar á los desgraciados de este pais; porque nuestra casa de caridad debe fundarse en San Julian de los Bosques, cerca de Burdeos.

SUS. (*vivamente.*) Sois de Burdeos?

VIA. No señora; no soy tampoco francesa; huérfana, y escapada de la muerte hace algunos años, hice voto de consagrarme al servicio de los pobres. Mi deber es seguir á las santas mugeres que me recogieron, en cualquier parte donde la órden de una superiora las envie. Por eso me hallo de paso en Francia, por eso estoy aqui.

LAT. Habeis hablado de Burdeos, y mi sobrina esperaba ver en vos una compatriota de Gilberto Dartigues, su marido.

VIA. (*como asombrada.*) Gilberto Dartigues!

Sus. Le conoceis? O quizás á alguno de su familia?

Via. No señora; no conozco en Francia mas que al digno prelado que nos envia, y las que participan conmigo de esta mision.

Sus. (Hubiera deseado oir hablar de su pasado ó de su familia.)

Via. (Con que estoy en casa de Gilberto Dartigues? Singular casualidad!)

Gil. (*volviendo.*) Aqui está mi limosna y la tuya. (*dá una bolsa á Susana.*) A cada uno su parte, á cada uno su peticion. (*poniendo en la bolsa de la Viajera.*) Que Dios me dé un hijo, y que se parezca á su madre.

Sus. (*poniendo su bolsa en la de la Viajera.*) Si, que se me parezca en el corazon, asi seremos dos á amarte.

Via. (*cerrando la bolsa.*) Gracias; y ahora indicadme, os ruego, el camino que conduce al castillo de Kervel, donde me espera una de mis compañeras.

Mag. El camino es muy malo; no se puede ir á pié.

Gil. Justamente hay á la puerta uno de nuestros cabriolés... os llevarán al castillo.

Via. Estais de fiesta, y no quisiera incomodar á nadie.

Lat. (*cogiendo de una oreja á Cristol, que parece absorto en sus reflexiones.*) Aqui hay uno, que segun parece, no tiene mucho afan por divertirse... Que os conduzca; asi se distraerá; algunas veces se atasca, pero nunca vuelca.

Cris. Me conviene. (En el camino renovaré mi voto conyugal.)

Gil. (*á un criado.*) Pedro, indica el camino á ese muchacho. (*vase Cristol con el criado.*)

Via. (*ap., mirando á Gilberto.*) Es él... està casado... y parece dichoso! Vamos, Dios me ha inspirado bien. (*alto.*) Gracias, repito, y adios.

Sus. Adios, y que recojais mucho.

Gil. (*á los aldeanos.*) Vosotros, amigos, me habeis prometido beber á la salud de la madrina; la mesa está puesta. (*á Latremblade.*) Ya lo ois, tio.

Lat. Voto á San!... este brindis debe interesarme á mi, que soy de la familia.

Gil. Y tú, Susana, ven con nosotros.

Sus. Allá voy.

Mag. (*bajo á Susana.*) Nuestra ama, tengo una carta para el amo.

Sus. (*á media voz.*) Para Gilberto? Traela y vete, que al instante voy yo.

Gil. Cuando quieras. (*á los aldeanos.*) Venid, amigos.

Lat. (*que ha sorprendido el movimiento de Susana, ap.*) Una carta interceptada! Si será celosa mi sobrina?... Haria mal. Yo cuidaré que de aqui no se origine una desgracia.

Gil. Os espero, tio.

Lat. Voy, voy. (*sigue á Gilberto, que se vá con los aldeanos por la izquierda.*)

ESCENA VIII.

Susana, Magdalena.

Sus. De dónde vendrá esta carta? Quién la ha traido?

Mag. Ivon el mensagero... Me ha dicho que era para el amo... Entonces, como me lo teniais advertido, la he guardado sin hablar una palabra.

Sus. (*vacilante.*) Dios mio! Dime, Magdalena, qué has pensado cuando te dije que queria ver primero la carta que trajesen para mi marido?

Mag. Yo? Que tendriais el gusto de saber lo que decia.

Sus. Y no habrás pensado mal de él, es verdad?

Mag. Ni de vos tampoco. He advertido que algunas veces el amo tiene sus cabilaciones, y que esto os inquieta. Lo que un hombre de bien oculta á su muger, no puede ser mas que algun pesar... Naturalmente quereis participar de él, á fin de consolar ó de padecer juntos. Esto es lo que he pensado, nuestra ama. Mandais alguna otra cosa? Pues voy á mis quehaceres. (*vase.*)

ESCENA IX.

Susana, *sola.*

Buena y honrada criatura! No vé en mi deseo indiscreto, mas que una prueba de cariño á Gilberto! Oh! Si, le amo, hasta dar mi vida por él si fuese necesario. Pero esta carta ha despertado en mi un recuerdo que los goces de este dia habian borrado. (*se sienta á la izquierda y mira la carta.*) Si esta carta me revelase que mi inquietud es injusta!... Que mi sospecha es culpable!... (*mira el sello.*) «De Nantes...» A quién conocerá Gilberto en Nantes? Será un hombre? Será alguna muger? Voy á saberlo.

ESCENA X.

Susana, Latremblade.

(Latremblade ha salido un momento antes de las últimas palabras de la escena precedente; se ha dirigido á Susana, sin que ella lo advirtiese, y por detrás ha visto la carta que ella contemplaba.)

Lat. (*deteniendo la mano de Susana.*) Te equivocas, Susana; esta carta no es para ti... viene dirigida á tu marido.

Sus. Es verdad, pero qué importa?

Lat. Yo sé que en muchos matrimonios se convienen mútuamente en abrir la correspondencia el uno del otro; pero es un uso reprensible. En primer lugar, el que permite que lean antes que él sus cartas, puede privarse asi del placer de anunciar él mismo una buena noticia. Pero lo que hay aun mas grave, es que se espone á faltar á un deber sério, y á revelar involuntariamente el secreto, que acaso no quisieran confiar sino á él solo, bajo la salvaguardia de su honor.

Sus. Es decir, tio, que quereis que entre dos esposos pueda haber secretos que ocultar el uno al otro?

Lat. Yo? Yo no quiero nada; digo mi opinion, y nada mas. Si existe un mútuo convenio, el romper el sello de una carta es una indiscrecion, pero no es un abuso de confianza.

Sus. Abuso de confianza?

Lat. Si, y á no ser por mi, ibas á cometerle, porque estoy seguro que Gilberto no te ha autorizado para leer lo que le escriben.

Sus. Y qué, sabeis...?

Lat. Si, todo me lo revela, pobre Susana! Mira, tu mano, que he detenido á tiempo, tiembla en la mia; tu mirada poco segura, en la que leo la incertidumbre de tu espíritu y la turbacion de tu conciencia.

Sus. Cierto es que iba á leer; no tengo derecho para hacerlo... pero pensar que no hablará jamás de esta carta, que la quemará como las otras... Si al menos pudiera yo saber quién la escribe! (*dá vueltas á la carta entre sus manos.*)

Lat. (*tomándosela.*) Cuidado! Vas á abrirla sin querer. Ah! Perfectamente. No quieres mas que saber quién le escribe? Pues yo puedo decírtelo; la misma mano ha puesto ayer sus señas en mi cartera; mira y compara. (*la enseña la cartera.*)

Sus. Honorato de Civrac!... El único amigo de quien Gilberto me ha hablado... él es quien pudiera decírmelo todo.

Lat. Pero qué es lo que te atormenta hasta ese estremo?

Aqui no se habla mas que de tu felicidad, y de la ternura de Gilberto para contigo. Por qué no eres feliz? Tienes alguna prueba de que tu marido no es sincero?

SUS. Pruebas no, no tengo ninguna; muchas veces me lo digo á mi misma; es un crímen el dudar de él, y sin embargo, dudo!... Si, dudo desde aquella cruel noche en que, en el delirio de un sueño, pronunció por dos veces un nombre de muger, que me quebrantó el corazon... Me propuse interrogarle; pero no he tenido ánimo para preguntarle quién es esa Diana, cuyo recuerdo viene aun á mi lado á ocupar su pensamiento.

LAT. (Soñaba en la otra... y en voz alta!.. Eso es una imprudencia!)

SUS. Desde aquel momento, como si un velo se hubiese rasgado, mil circunstancias, que me habian chocado en un principio, se han presentado á mi imaginacion como otros tantos testimonios de un misterio que me inquieta en la conducta de Gilberto. La existencia nueva que se ha impuesto, el retiro que ha escojido lejos de la ciudad donde le conocen, lejos del pais donde nos casamos; en fin, la emocion que esperimenta cada vez que el mensagero trae cartas á su nombre... Y cuando me atrevo á pedirle me diga su contenido, me contesta con una mentira... se le han perdido las cartas.

LAT. Una carta se pierde fácilmente.

SUS. Las quema, tio, las quema todas.

LAT. Si las quema, prueba que no las estima. Si no te habla de su pais ni de su familia, es que no los echa de menos, y que le haces las veces de todo.

SUS. Si, tio, eso es lo que yo debiera pensar... Soy feliz, me ama; pero no ha amado mas que á mi?

LAT. Ah! Si las mugeres se ocupasen de esos detalles, no habrian reposo ni tranquilidad posibles.

SUS. Es que el pasado puede á veces pesar mucho sobre el porvenir. Quién me asegura que esa Diana ha renunciado á él?

LAT. Yo, yo te respondo...

SUS. Vos?

LAT. (Ah, torpe!)

SUS. Luego existe, luego la conoceis?

LAT. Pues bien, si, la conozco, involuntariamente, por equivocacion; es igual, no me pesa, porque puedo asegurarte que tus celos son infundados. Esa muger, que Gilberto Dartigues ha podido conocer en otros tiempos, le ha perdido de vista, hasta el estremo que ignora dónde se halla, y ni aun sabia que se hubiese casado. Yo he tenido el gusto de anunciarla tu casamiento, hablándola como se habla á esa clase de personas. Con la autoridad de un pariente, que quiere hacer respetar el honor de la familia y la felicidad de un buen matrimonio.

SUS. Bien conocia yo que habia un secreto en el corazon de Gilberto! Esa muger no la ha olvidado aun.

LAT. Lo dices por su nombre, pronunciado en sueños?... Ese no es un recuerdo de amor; es una pesadilla... No sabiendo nada mas que ese nombre, que tanto te lastimó, podias temer una pasion nacida despues de tu casamiento? Pero no tienes motivo para dudar ni para temer, ahora que solo se trata de un pasado que no te pertenece.

SUS. Teneis razon. Entregada á mi misma, solo escuchaba la voz de los celos, y me hubieran perdido. En adelante no quiero seguir mas que vuestros consejos.

LAT. Y no te faltarán. Necesitas de mi, no te abandonaré. Voy á establecerme en este pais, en tu vecindad. Si hay una casa de venta, la compro; sino la levanto.

SUS. Una casa?... Cerca de la nuestra... Justamente hay una á algunos pasos de aqui, para la cual buscan comprador.

LAT. Pues le han hallado. (*óyense voces á la izquierda.*) Ah! Brindan á tu salud; no puedes menos de ir á dar las gracias á esas buenas gentes que te festejan. Vaya, ven, Susana; calma y confianza; entrega valerosamente, é intacta, á tu marido, la carta que has recibido para él. Yo voy á buscarle, y me le llevo.

SUS. A dónde?

LAT. A visitar mi propiedad. (*toma del brazo á Susana y vase con ella por la iquierda, al tiempo que Magdalena entra por el fondo.*)

ESCENA XI.

MAGDALENA, *despues* DIANA *y* MORETO.

MAG. (*á Susana.*) Señora Gilberto, señora Gilberto.... pues no me oye... y venia á anunciarla una visita. Ah! Una bella visita. Nunca las hemos tenido tan encopetadas. Voy á decírselo, pero antes hay que hacer entrar á la gente; yo no puedo consentir que una señora de su clase esté esperando. (*alto, en el fondo.*) Entrad, señora.

DIA. Creí encontrar aqui á vuestra ama.

MAG. Aun no he podido advertirla que estais aqui, pero voy al momento.

DIA. Si es posible, deseo verla primero á ella sola.

MAG. Descuidad, asi será, porque el amo está muy ocupado; tiene á todo el pais á la mesa. No os impacienteis.

DIA. No tengo prisa. (*vase Magdalena.*)

ESCENA XII.

DIANA, MORETO.

DIA. (*mirando en torno suyo.*) No adviertes, Moreto, que el aspecto de esta casa produce una impresion estraña? Se esperimenta un sentimiento de contrariedad, de respeto, por decirlo asi, que humilla, que hiere.

MOR. (*preocupado.*) Si, es posible... la influencia del clima, el aire del campo...

DIA. La lucha necesaria que vengo á emprender, me parece ahora mas audaz. Su éxito menos cierto. El vínculo que deseamos romper, será mas sólido, mas sério de lo que suponemos?

MOR. (*lo mismo.*) Tú vacilas!... Acaso tienes razon.

DIA. Y quién te habla de eso? Yo entreveo los peligros del combate, pero no renuncio á combatir; veo las dificultades de la victoria, pero no desespero de vencer.

MOR. Es que hemos escojido un dia malísimo, una fecha fatal. La de tu viudez.

DIA. (*con alguna emocion.*) Es verdad, pero no sabia que eras supersticioso.

MOR. De una hora á esta parte creo en los aparecidos.

DIA. Qué locura!

MOR. El difunto, á quien ví ahorcar hace siete años, se me ha aparecido hoy.

DIA. En sueños?

MOR. No por cierto, vivo y guiando un cabriolé, que se ha cruzado con nuestro carruaje en ese horroroso camino, donde hemos estado para volcar veinte veces. Se detuvo para dejarnos pasar, y la lentitud forzada de nuestros caballos, me dió tiempo para asegurarme de que no me equivocaba. El cómo existe, es inesplicable; pero existe.

DIA. (*á Moreto, que hace un movimiento hácia el fondo.*) A dónde vas?

MOR. A seguir las huellas del aparecido, á fin de saber positivamente si acaso me he engañado con alguna semejanza. (*vase por el fondo.*)

ESCENA XIII.

DIANA; *despues* SUSANA, *precedida de* MAGDALENA.

DIA. Preciso es que esa semejanza sea bien estraña, en efecto, porque Moreto está muy inquieto, y no suele dejarse intimidar tan fácilmente.

MAG. (*á Diana.*) Aqui está nuestra ama, señora. (*á Susana.*) Aqui está la señora, nuestra ama.

DIA. (Es una hermosa muger... la echará de menos.)

SUS. Teneis la bondad de decirme, señora, á quién tengo el honor de recibir?

DIA. (*señalando á Magdalena.*) Señora, desearia hablaros á solas.

SUS. El señor Gilberto acaba de salir por unos instantes, y las personas que estan en la sala de verdura, podrian venir aqui; vé á servirles, Magdalena. (*vase esta.*)

ESCENA XIV.

DIANA, SUSANA.

DIA. (*mirando á Susana.*) Estais justamente sorprendida, señora, del misterio con que me rodeo; pero es esencial que nadie oiga lo que voy á deciros.

SUS. (*inquieta.*) Ya veis, señora, que estamos enteramente solas. (Qué me querrá esta muger? Es jóven y hermosa, y no obstante, su voz me lastima, y su mirada me hiela. (*como herida de un rayo de luz.*) Ah! Ya adivino.) (*alto.*) Os llamais Diana, no es verdad?

DIA. Yo buscaba no sé qué pretesto para decíroslo... Vuestra penetracion no os ha engañado... En efecto, soy Diana... Diana Mendez.

SUS. (*ap., mirando á Diana.*) Ella en mi casa, y arrojándome su nombre con toda desvergüenza!... (*alto.*) Permitidme, señora, que me admire de vuestra presencia en esta casa. Cualquiera que sea el motivo que os traiga á ella, tened la bondad de abreviar una visita, que por lo menos es estraña.

DIA. Sabeis quién soy, tanto mejor; venia sin ruido, sin estrépito, á instruiros; pero conociéndome, como lo confesais, aceptais vuestra posicion. Ahora tengo menos escrúpulo en deciros, que vengo á reclamar mis derechos, y á recobrar mi puesto.

SUS. Vuestros derechos!... Vuestro puesto!... Lo he entendido mal, señora, ó estais loca?

DIA. Estoy en mi juicio, señora; he dicho bien, mis derechos y mi puesto: os lo afirmo; si en este mundo hay alguien que pueda disputármelos, no será al menos Gilberto Dartigues.

SUS. Pero os olvidais que estais hablando á su muger?

DIA. En efecto, os llaman asi... y sobre esto debo daros un consejo, ó mas bien, una órden.

SUS. Un consejo?... Una órden?... Vos á mi?...

DIA. Ayer, en Nantes, un hombre, pariente vuestro á lo que creo, se permitió decirme: «No me conviene que os dejeis nombrar madama Dartigues, comprometeis ese nombre, y os prohibo llevarle.»

SUS. Asi es; tenia razon.

DIA. Lo creeis asi? Pues bien, estas palabras, que para mi eran un ultraje, sean para vos una leccion. Ahora me toca decíroslas, y os repito: «No me conviene que os llamen madama Dartigues; os prohibo llevar ese nombre.»

SUS. Me prohibis llevar el nombre de mi marido! Ah! Si no fuese por respetos á él, á mi misma, ya os hubiera hecho arrojar de mi casa.

DIA. Perdonad, señora; si una de las dos debe salir de esta casa, sois vos, porque donde quiera que esté Dartigues, estoy en mi casa.

SUS. En vuestra casa! Oh! Mirad, señora; estoy loca, porque no puedo comprender lo que oigo. Para atreveros á hablarme asi, me creeis sin duda la querida de Gilberto. Os engañais; soy su muger, lo ois? Su muger.

DIA. Vos?... Es imposible.

SUS. Dios ha recibido nuestros juramentos: un sacerdote ha bendecido nuestra union.

DIA. (El anciano no me engañaba. Oh! Gilberto! Gilberto!)

SUS. (*con dulzura.*) Poco hace os aborrecia, señora; ahora os compadezco. Amais aun á Gilberto, porque un amor verdadero, desesperado, únicamente ha podido daros valor y fuerza para salvar el quicio de esa puerta. Yo he tenido lástima de vuestro dolor, no la tendreis vos de mi felicidad? Si tuvisteis derechos sobre vuestro amante, no podeis tenerlos sobre mi marido. Ya lo veis, señora, no amenazo, perdono, lloro y suplico.

DIA. (*con frialdad.*) Una palabra no mas, señora, podeis probar que Gilberto Dartigues es vuestro marido ante la ley?

SUS. Si.

DIA. Aqui mismo? Hoy? Al instante?

SUS. Si.

DIA. Bien está. (La fortuna se me escapa, pero la venganza me queda.)

SUS. Callais, señora? Teneis compasion de mi? De Gilberto?

DIA. De vos, si señora; pero de él!... Gilberto debe amaros tiernamente. Pues bien, el golpe terrible que vacilo en daros, quiero que él os le dé, él solo.

SUS. Me causais miedo, señora!

DIA. Alguien viene. Es Gilberto; os dejo con él; no le interrogueis, sino ponedle ante los ojos este medallon.

SUS. (*tomándole.*) Vuestro retrato?

DIA. Pronto volveré; y entonces, señora, no pensareis en echarme; entonces vos tambien, señora, no tendreis en el corazon otra cosa que odio y cólera; deseareis tambien la venganza, y esa venganza yo os la traeré. (*vase.*)

ESCENA XV.

SUSANA; *despues* GILBERTO.

SUS. Qué desgracia, qué crímen vá á serme revelado?

GIL. (Civrac ha visto á Diana; Diana, á quien yo creia en Holanda... Diana está en Francia!) (*viendo á Susana.*) Susana! (*la toma la mano.*) Qué tienes? Por qué me miras asi? Porqué tiembla tu mano en la mia?

SUS. Gilberto, tú me amas, no es verdad?

GIL. Que si te amo?... A ti... Susana mia?...

SUS. Y me lo juras aqui hoy, como hace dos años, en la pobre iglesia de Gaillac?

GIL. Si, te lo juro.

SUS. Y delante del retrato de esta imágen? (*se le muestra.*)

GIL. Diana!

SUS. Ah! La habeis conocido!... Ahora lo comprendo todo!... Vuestras dudas, vuestros combates interiores en otros tiempos! El recuerdo de esta Diana os perseguia aun á mi lado. Cuando yo os veia turbaros ó perder el color, era que la imágen de esa muger se levantaba entre nosotros como un fantasma... como un remordimiento tal vez!... Entonces, por qué me engañásteis? Por qué cuando quisisteis partir, cubristeis de besos la mano que os detenia? Debiais haberme dicho:

«Antes de conoceros he amado á otra, y la muger á quien he amado existe aun.» Entonces, presintiendo lo que hoy sucede, os hubiera dicho: «Partid, Gilberto; no podemos pertenecer el uno al otro.» Yo hubiese sido desgraciada, pero os hubiera apreciado Gilberto. Hubiera muerto acaso de dolor, pero hubiese llevado de vos, á la tumba, un recuerdo santo y puro, como nuestro amor.

GIL. Decirte eso hubiera sido una blasfemia, Susana; nunca he amado mas que á ti.

SUS. Y ante este retrato, que os desmiente, ante esa prueba que os abruma, os atreveis á hablar de esa manera?

GIL. Pero qué enemigo tan cruel, tan infame, te ha dicho ese nombre, ha colocado en tus manos esa fatal imágen?

SUS. Diana misma.

GIL. La has visto?

SUS. Está aqui.

GIL. Aqui!

SUS. Y cuando insultada por ella en mi honor, en mi amor, la he dicho que la haria echar á la calle... sintiéndose fortalecida con no sé qué derecho misterioso, y horrible de justificar, sin duda, me ha respondido: «Vos sois la que saldreis; yo estoy en mi casa.»

GIL. Oh miserable Diana! Oh pobre Susana mia!

SUS. Y qué, os refiero el insulto que he recibido, y no podeis mas que llorar? Os digo que me ha mandado salir de aqui, y no hallais un grito de cólera ó de indignacion?... Luego tiene razon esa Diana al decirme, que tiene sobre vos derechos que no podeis desconocer?... Derechos! Ella! Aqui! En mi casa! Y callais?... Vuestro silencio es una confesion, Gilberto; vuestro silencio me desespera y me mata... Esa Diana vá á volver; y volverá mas audaz, mas insolente aun... Me insultará segunda vez; y lo que vos no osais hacer... yo lo haré... Echaré á esa muger; si, la echaré delante de todos.

GIL. Susana!

SUS. Veremos si despues de haberos dejado insultar á vuestra muger, defendeis á vuestra querida.

GIL. Ah! No es mi querida... es mi muger.

SUS. Oh! Vé ahi la desgracia, vé ahi el crímen! (*cae sobre una silla.*)

GIL. (*precipitándose de rodillas.*) Susana, escucha... escucha antes de maldecirme. Esa muger, á quien jamás he amado... esa muger, que me impuso la voluntad paternal... esa muger ha marchitado mi juventud, ultrajado mi honor, atentado contra mi vida. Si existe aun, solo lo debe á mi compasion, porque yo podia haberla hecho condenar como adúltera y como envenenadora; pero mi clemencia de aquellos tiempos hace su fuerza de hoy, y contra su derecho no hay lucha posible.

SUS. No hay lucha posible!

GIL. Oh! Tranquilízate, Susana; si no hubiese ningun refúgio contra la horrible amenaza de Diana, era cosa de volverse uno loco, ó hacerse suicida ó asesino! Por fortuna queda aun un medio de sustraerse de ella.

SUS. Un medio! Y cuál es?

GIL. Todo cuanto poseo se lo abandono á la infame que ha deshonrado mi nombre. Yo parto bastante rico aun, pues que llevo conmigo mi tesoro, mi amor, mi Susana!

SUS. Partir como unos fugitivos!... Como unos culpables!... No, lo que tú me propones es imposible.

GIL. Susana, desde el momento en que Diana ha puesto los pies en esta casa, la desgracia ha entrado con ella; no podemos librarnos de otro modo que por la fuga.

SUS. Huir!... Y esa muger tendria el derecho de decir que la he robado su marido!... Mi tio maldeciria en mi la que ha deshonrado su familia!... Todo el mundo podria acusarme!... Ni una voz siquiera, ni aun la tuya se elevaria para atestiguar que soy una muger honrada!... Ignoro cuáles podrian ser las consecuencias de la situacion en que nos has puesto; pero ya que despues de tantas indignidades se atreve esa muger á reclamar su título; yo, á quien la conciencia en nada remuerde, tambien tengo mis derechos; y ademas, tengo mi honor que defender. No, no huiré de ella; eso seria cometer una bajeza, seria envilecerme á mi vez, y tengo en mucho mi amor, Gilberto, para dejar decir que es culpable.

GIL. Si, tienes razon, Susana; esa marcha era una bajeza. Perdóname de haberla pensado. Nos quedaremos, tú lo has dicho; el cuidado de tu honor lo exije. Por otra parte, nada tengo que temer con respecto á ti; yo solo he cometido la falta, debo ser castigado. Que venga Diana y su venganza; acepto de antemano todo el rigor de la ley. (*éntrase en el pabellon.*)

ESCENA XVI.

SUSANA, *sola.*

La ley!... Esa palabra me dá miedo!... Qué puede, pues, la ley contra él?... El lo sabe, pero será en vano interrogarle... no me lo dirá... Dios mio!.. Pobre muger, ignorante de la severidad de la justicia! No he pensado mas que en mi honor comprometido, en mis derechos disputados... y para defenderlos, voy quizás á esponer al que solo es culpable por mi amor! Por quién sabré la verdad?... Y si alguno hay que pueda decírmela, cómo preguntárselo sin que la emocion de mi voz, la turbacion de mi mirada, revelen el secreto de Gilberto? (*espera pensativa, y se queda como absorta en sus reflexiones.*)

ESCENA XVII.

SUSANA, CRISTOL.

CRIS. (*ap. Entra pálido y azorado.*) Era él, el bribon de mi cuñado!... Y me ha conocido!... Si me llega á seguir, no hay para mi remedio. (*marchando hácia atrás tropieza con un escalon del pabellon, cerca del cual está sentada Susana: dá él un grito.*) Ah!

SUS. (*volviéndose.*) Qué es eso?

CRIS. Dispensadme, señora, iba andando hácia atrás, y no veia lo que habia delante de mi.

SUS. Parece que estais muy conmovido, amigo mio!

CRIS. Conmovido! Si tengo la sangre trastornada! Si me decis que los cabellos se me han vuelto blancos, no me admiraré. (*con fuerza.*) Señora, no puedo tenerme sobre mis piernas... Señora, voy á caer á vuestros pies... Señora, vuestro tio es mi salvador, vos tambien debeis salvarme.

SUS. Salvaros? Pues en qué peligro os hallais?

CRIS. Qué peligro?... Con que no sabeis lo que le espera á un hombre que ha tenido la imprudencia de volverse á casar en segundas nupcias, viviendo aun su primera?

SUS. (*conmovida al oir estas palabras.*) Y vos lo sabeis?

CRIS. Demasiado que lo sé, pues que es mi propio accidente.

SUS. Con que sois bigamo?

CRIS. Completamente.

SUS. Entonces, podeis decirme...

CRIS. Lo que sucede á los desgraciados que han caido en la tentacion de comer esa fruta vedada? Mejor que

ningun otro. Tengo sobre eso informes positivos y personales.

SUS. Los hacen sufrir la vergüenza de un juicio público, no es verdad?

CRIS. Eso es humillante, pero no vale nada.

SUS. Despues les condenan á prision?

CRIS. Si no fuera mas que eso, ya se acostumbraria uno.

SUS. Pero no los azotará el verdugo?

CRIS. Peor aun, señora; los ahorca.

SUS. La muerte! La muerte!... Pero eso es imposible!

CRIS. Pues ni mas ni menos; y yo hablo por esperiencia, que lo he pasado.

SUS. (*abismada.*) La infamia, el suplicio!

CRIS. Si señora; asi se acostumbra en todos los paises civilizados.

SUS. (Con que es la vida la que Gilberto me sacrificaba! Y negándome yo á seguirle, le esponia á morir á manos del verdugo?)

CRIS. (Parece que la intereso.)

SUS. (Partiremos juntos esta noche; ahora soy yo quien lo desea.)

CRIS. (*deteniéndose estupefacto.*) Eh?

SUS. (*continuando sin ser oida por Cristol.*) No temo la vergüenza... arrostro el menosprecio, pues se trata de salvarle... A costa de mi honor, rescataré su vida... Vivirás, Gilberto, vivirás. (*entra en el pabellon y se sienta á escribir.*) Dos palabras al maestro de postas; es amigo, y puedo contar con su secreto.

CRIS. (Esta si que es proteccion, sólida é inesperada... No deseaba yo mas que enternecerla, y la he entusiasmado.... Tanto me dá; ya estoy mas tranquilo. (*viendo el medallon.*) Qué es esto? (*le recoge y se le guarda.*) Ah! Casilda! Casilda!... Esto no será mas que una vision... una advertencia... ó una amenaza!

ESCENA XVIII.

Los mismos, MAGDALENA.

MAG. (*con miedo.*) Ah! Nuestra ama... Si supieseis...

SUS. Qué hay?... Estás trastornada!

MAG. Yo lo creo... y hay por qué estarlo. Jamás se ha visto tal cosa en esta casa.

SUS. Qué hay pues?

MAG. Oficiales de justicia, que acaban de entrar en la alqueria á nombre de la ley?

SUS. (*con terror.*) A nombre de la ley?

CRIS. La ley, eh?... Ya la conozco; no hay mas que escaparse hasta el cabo del mundo, si es que le hay. (*vase corriendo.*)

SUS. Dios mio! Oficiales de justicia! Quién les habrá traido?

ESCENA XIX.

Los mismos, LATREMBLADE.

LAT. Quién?... Voto á San!... Yo.

SUS. Vos, tio?

LAT. Si, para desembarazarte de una vez de la imprudente rival que se atreve á insultarte hasta en tu casa.

SUS. Ah! Qué habeis hecho?

LAT. Mi deber. La habia visto sin que lo advirtiese. Y pues que, á pesar de mi prohibicion, no ha temido introducirse en el domicilio conyugal, á la justicia le toca sacarla de él.

SUS. Ah! Nos habeis perdido!

LAT. (*estupefacto.*) Perdido!

ESCENA XX.

SUSANA, LATREMBLADE, MAGDALENA, *aldeanos, criados oficiales de justicia.*

LAT. (*á Diana.*) Aun estais aqui?

DIA. Antes que se ejecute la órden que habeis obtenido, he querido ver á Mr. Dartigues. A vuestra presencia, á presencia de todos hablaré á Gilberto; y despues de haberme oido, vos mismo rebocareis esa órden, y os pesará el haberla solicitado.

LAT. A mi?... Estais loca!

DIA. Preguntad á esa señora, que ya debe saberlo todo; preguntadla si hay alguna en el mundo que tenga el derecho de arrojarme de esta casa, que es la mia, de disputarme el nombre Dartigues, que es el mio.

TODOS. El suyo!

LAT. (*á Susana.*) Con que ella se atreve aun delante de ti...

DIA. Ya lo veis... la señora calla.

LAT. Eso ya es demasiado; id á buscar á Mr. Dartigues que venga al instante. (*vase un criado.*)

DIA. (*bajo á Susana.*) Gilberto os lo habrá declarado todo, no es verdad?... Unidas por la desgracia, unámonos tambien para la venganza.

SUS. La venganza!

DIA. Os lo habia prometido, y la tendreis estrepitosa terrible. Para esto basta una palabra... la direis?

SUS. Yo?

DIA. Vacilais? Pues yo seré quien la diga.

SUS. No, no, señora; si amais á Gilberto, no le perderéis... no hablareis.

DIA. (Le aborrezco, y hablaré!) Señor doctor, no habre llamado en valde los oficiales de justicia... Ellos encontrarán un culpable, á quien denuncio y acuso... á Gilberto Dartigues.

TODOS. Gilberto! (*se vé á Gilberto en el pabellon. A la voz de Diana, que le acusa, se detiene y escucha con ansiedad.*)

DIA. (*continuando con fuerza.*) Gilberto, si, Gilberto que ha engañado á Dios y á los hombres; Gilberto que ha cometido un perjurio y un sacrilegio; Gilberto, en fin, que se ha casado con dos mujeres!

TODOS. Qué horror!

SUS. (*á media voz.*) No veis, señora, que le matais?

DIA. (*lo mismo.*) Me vengo.

SUS. (Oh! Nunca le ha amado esta muger!)

GIL. (Oh! No esperaré la infamia! (*cierra las puertas del pabellon.*)

LAT. Susana! Mi pobre Susana! Engañada, indignamente engañada!... Pero yo invocaré la ley... si, serás vengada!

SUS. (Oh! Vengada por el verdugo... Jamás... jamás! Para condenar á Gilberto, es necesario que dos voces se eleven y le acusen... yo no le acuso.

DIA. Qué decis?

SUS. Digo, señora, que Gilberto no es culpable; que una de nosotras dos solamente tiene el derecho de llevar su nombre; que entre nosotras dos hay una infame y una víctima... La infame soy yo... la víctima sois vos, porque vos sois su muger, y yo, (*con esfuerzo y doblando la cabeza.*) yo no era mas que su amante!

TODOS. Su amante!

LAT. Desgraciada! Nos has deshonrado!

DIA. (*bajo á Susana.*) Qué habeis dicho?

SUS. (*id. á Diana.*) Que vos, señora, le aborreceis y le perdeis... yo le amo y le salvo! (*se oye un tiro en el pabellon.*)

SUS. (*corriendo hácia el pabellon.*) Ah! Gilberto! Gilberto!

DIA. (*poniéndose en los escalones del pabellon.*) Soy su muger!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Casa del párroco de Gaillac.—Sala baja. Chimenea en segundo término; en el primero, á la izquierda, una puerta que conduce al interior. En el primer término, á la derecha, una mesa de madera negra, y por encima un estante con libros y registros; en el segundo término, á la derecha, una ventana que dá al rio. En el fondo, una puerta que dá al camino.

ESCENA PRIMERA.

LATREMBLADE; *despues un* AGENTE.

(Al levantarse el telon se oye mujir el viento y llover con violencia. Latremblade, embozado en su capa, y con el sombrero calado hasta los ojos, se presenta en el fondo como dudando si continuará su viage.)

LAT. (*dentro.*) Qué tiempo tan horrible!... Aqui hay una puerta abierta... y no hay nadie, á fé mia! (*sacude la capa.*) Esto no es chaparron, es un diluvio! Por cierto que he tenido un capricho bien detestable, en dejar la silla de posta en el último relevo, para subir á pié esta interminable cuesta. (*mirando detrás.*) En medio de este torrente de lluvia, creo, por fin, haber perdido de vista al abanto, que desde la casa de postas, hasta las últimas del lugar, me venia siguiendo como mi sombra. (*dirigiéndose á la chimenea.*) Aqui hay lumbre... Si me lo permiten, esperaré mi carruaje. (*mientras que vuelto de espaldas á la puerta se calienta, un desconocido, de alta estatura, y embozado tambien en su capa, se presenta en el fondo, y se detiene un momento: en seguida entra.*)

AGENTE. (*ap., consultando un papel que saca de debajo de la capa.*) Frente espaciosa, nariz aguileña, mirada viva, lábios delgados, color bilioso, carácter idem.... Este debe ser mi hombre.

LAT. Qué podria quererme aquel abanto?.. Tenia un semblante patibulario, y apostaria á que ha merecido ser ahorcado mucho mejor que mi pobre Cristol... Pobrecillo! Asustado sin duda por alguna nueva vision, desapareció hace ya ocho meses, el dia mismo en que Susana, la desventurada Susana...! Qué habrá sido de ella?... Mis investigaciones todas han sido infructuosas. (*se levanta.*) Pero si no he podido encontrar la víctima, yo castigaré al menos al culpable. La hora de la reparacion se hace esperar, mas al fin llega, y ya solo estoy á tres leguas de Grandchene.

AGEN. (Si, él es!)

LAT. Y llegaré hoy á toda costa. (*vuélvese, y se encuentra cara á cara con el Agente, que le hace un profundo saludo.*) Eh?

AGEN. Dispensad, caballero.

LAT. (Otra vez mi hombre!)

AGÉN. Es al señor de Latremblade á quien tengo el honor de hablar?

LAT. Si.

AGEN. Y el señor de Latremblade se dirige al castillo de Grandchene?

LAT. Si.

AGEN. Y al señor de Latremblade le interesará mucho tal vez el continuar su viage?

LAT. Mucho.

AGEN. Pues lo siento infinito.

LAT. Por qué?

AGEN. Porque el señor de Latremblade no podrá pasar de aqui.

LAT. Quién me lo estorbará?

AGEN. (*humildemente.*) Yo, señor!

LAT. Vos?

AGEN. Si.

LAT. Y qué os importa el que yo vaya ó deje de ir á Grandchene?

AGEN. Lo que es á mi, absolutamente nada.

LAT. Pues á quién le importa?

AGEN. Sin duda le importa alguna cosa al rey.

LAT. Al rey?

AGEN. Porque vengo en su nombre á deteneros.

LAT. A detenerme?

AGEN. El señor teniente civil me dió esta mañana vuestras señas, mandándome os detuviese en el camino, porque desea vivamente tener un rato de conversacion con el señor doctor Latremblade.

LAT. Y qué me quiere vuestro teniente civil?

AGEN. No tardareis en saberlo, porque segun sus instrucciones, voy á prevenirle de vuestra llegada.... siempre que me deis palabra de esperar aqui á Mr. Civrac.

LAT. Eh! Mr. Civrac? Es Mr. Civrac el que quiere hablarme? Mr. Civrac está en este pais?

AGEN. Y me espera en el bailiage.

LAT. Y por qué no me conducis allá?

AGEN. Porque Mr. Civrac prefiere venir á vos, mas bien que el que vayais á él.

LAT. Es un hombre muy cortés. Vaya, le esperaré; os doy mi palabra, y Latremblade jamás falta á las suyas... Una palabra... dónde estoy?

AGEN. En la casa parroquial de Gaillac. El señor cura ha salido, pero la criada debe estar en casa... Tengo el honor de saludar al señor de Latremblade. (*se inclina y vase.*)

LAT. Es muy cumplido el tal abanto.

ESCENA II.

LATREMBLADE; *despues* CRISTOL.

LAT. Estoy en una casa parroquial... Hubiera debido conocerlo, porque esta puerta está abierta á todo el mundo. Me hallo en la casa de Dios, pero quiero saber la hospitalidad que se dá en ella; el señor cura está fuera, llamemos á la criada. Hola? Eh? Ah de casa! Muchacha!

CRIS. (*dentro.*) Esperad un momento... voy al instante.

LAT. Esta voz...!

CRIS. (*sale con un gran delantal y unas tenazas en la mano.*) Aqui está la criada.

LAT. Cristol!

CRIS. Mr. Latremblade!.. Mi amo, mi buen amo!.. Ah! Permitid que os abrace. (*le abraza con las tenazas en la mano, y le toca con ellas en la cara.*)

LAT. Que me quemas, animal.

CRIS. (*dejando las tenazas.*) Es verdad que estan calientes... pero no hagais caso. Ahora, señor, os presento mis respetos.

LAT. Pues yo te creia en Kamkatka por lo menos.

CRIS. Allá iba, señor. Al huir de la alqueria, donde habia tenido una vision, como decis, eché á correr; pero al cabo de algun trecho mis piernas ya se negaban á prestarme este servicio, cuando me encuentro á la orilla de un rio, pasaba un coche, salto al coche. Al llegar no sé donde, el coche se detiene, pero yo no queria detenerme. Se presenta una patacha, salto á la patacha... todo esto habia durado dos dias. La patacha se detiene, y ya iba á saltar á tierra y echar

á correr, cuando hete aqui que se presenta un señor cura, que á la llegada de los viageros pregunta si viene la criada que él habia encargado. Como nadie decia una palabra, yo respondí: si, señor cura, soy yo.

LAT. Estabas loco?

CRIS. No señor, estaba iluminado... fué una inspiracion de allá arriba. El señor cura, sorprendido al principio, como todos, me miró sin enfadarse, y me mandó con amabilidad que le siguiera. Al llegar aqui, me pidió la esplicacion de lo que él creia una mala burla; le cuento mi lamentable historia, se compadece de mi, me recibe á su servicio, y aqui me teneis instalado en este humilde asilo, escondido bajo este mandilon, y convertido en ama de cura á vuestro criado.

LAT. Aqui creo que no tendrás mas visiones.

CRIS. He tenido aun otra, señor; pero esta ha sido buena, magnífica, y es recientita, de esta misma noche.

LAT. Esta noche?

CRIS. El señor cura ha sido llamado al castillo de Grandchene; creyendo yo que vendria á dormir, no me acosté, y por pasar el tiempo quise leer alguna cosa interesante. Justamente tenia á mano el registro parroquial... ya sabeis... donde se inscriben los que nacen, los que se casan y los que mueren... voy leyendo... leyendo... y veo...

LAT. Qué vistes?

CRIS. Lo que tambien vais á ver, señor... (*toma un libro de registros del estante, le pone sobre la mesa, y le abre.*) Mirad, aqui está el interesante registro. (*buscando.*) He doblado una punta en la página... Aqui está. Leed, señor, lo que está ahi escrito. «Hoy 13 de »marzo de 1768...» Notad bien la fecha. «murió en »la aldea de Gaillac, donde se habia establecido hacia »seis meses, Escolástica Papelard, natural de Marsella, »y casada en dicha ciudad con el señor Doroteo Cris»tol. Firmado, el cura de la parroquia, Morain, y los »testigos.»

LAT. Con que eso hay!

CRIS. Mi marsellesa habia muerto el 13 de marzo de 1768, y yo no me habia casado con Casilda hasta el 14 del mismo mes y año; con que era ya viudo hacia veinticuatro horas; habia tenido el tiempo suficiente para llorar á la difunta; habia reconquistado el derecho de volverme á casar; y nadie le tenia para ahorcarme.

LAT. Es evidente; no tenian semejante derecho.

CRIS. Y deben abonarme los daños y perjuicios, porque al fin, señor, á no ser por vos, á quien la Providencia eligió por instrumento...

LAT. Ea! Lo pasado, pasado. Lo esencial ahora es, que no tengas ya nada que temer para lo sucesivo. Ya estás, por fin, tranquilo.

CRIS. Tranquilo! Pues, tranquilo! Os parece, señor, que yo pienso dejarlo asi? Al contrario... decidme, ahorcan á las mugeres?

LAT. A qué viene esa pregunta?

CRIS. A qué? A que no pienso mas que en una cosa, señor; en encontrar á Casilda, mi segunda; no tengo mas que una esperanza, encontrarla casada. Oh! Si estuviera casada!... Ahorcan á las mugeres?

LAT. Si, un poco.

CRIS. Si? Pues eso me reconcilia con la ley; algo habia de tener de bueno. En cuanto vuelva el señor cura, le pido la cuenta, le presento mi reemplazante, y me marcho... hasta que encuentre con Casilda. Antes me perseguia ella á mi; ahora seré yo quien la persiga.

LAT. Déjate de esos pensamientos de venganza, tan nécios como tus temores; y pues que ya te has curado de tus visiones, vuelve otra vez á mi servicio.

CRIS. Eso es, vos siempre andais de camino, y eso m conviene, señor; á dónde iremos ahora?

LAT. Al castillo de Grandchene.

CRIS. Justamente! Vais á ser padrino?

LAT. Padrino!

CRIS. Del sobrinito ó sobrinita que madama Dartigu ha debido daros esta noche.

LAT. Eh!

CRIS. Con que no sabeis nada? Vaya, eso es que os pre paraban una sorpresa.

LAT. De quién me hablas? No te entiendo.

CRIS. Pues bien clarito lo digo. Mr. Dartigues dejó alqueria de Ajons para venir á habitar el castillo d Grandchene.

LAT. Eso ya lo sé.

CRIS. Alli vive, hace muchos meses, encerrado como u lobo, sin salir ni ver á nadie; lo que no debe divert mucho á mi señora, vuestra sobrina.

LAT. Mi sobrina!... Tú la has visto?

CRIS. A la señora Dartigues? No señor; para eso hubi ra tenido que ir al castillo de Grandchene, y alli n tenia yo nada que hacer.

LAT. (Mi sobrina... en el castillo!... Pero, estoy loco? Si es la otra!)

CRIS. Ademas, la señora no se aparta de su marido; s fastidia con él en una continua conferencia, y proba blemente, por distraerse, os habrán hecho tio segundo

LAT. Ah! Con que estan de fiesta en el castillo de Gran chene!

CRIS. Cáspita! Señor! Un primogénito siempre caus alegria cuando nace. Y cómo le amareis, no es verdad

LAT. (*sin oirle, tomando la capa.*) Yo turbaré la fiesta Tambien yo, Cristol, tengo que vengarme; no pued esperar mas. Allá te espero.

CRIS. Dónde, señor?

LAT. En el castillo de Grandchene.

CIVRAC. (*presentándose en el fondo.*) Perdonad, doctor os olvidais que sois mi prisionero, bajo palabra.

ESCENA III.

Los mismos, CIVRAC.

LAT. Mr. Civrac!

CIV. (*á Cristol.*) Déjanos solos.

CRIS. Si señor. (*á Latremblade.*) Voy á avisar á la ti Simona, que está esperando mi vacante.

LAT. Despáchate, que quiero estar en Grandchene ante de anochecer. (*vase Cristol.*)

ESCENA IV.

CIVRAC, LATREMBLADE.

CIV. Mi querido doctor, insistis en vano; no ireis Grandchene.

LAT. Si tal, voto á san!

CIV. Renunciareis á ese proyecto, cuando me hayais e cuchado.

LAT. Renunciar á él!... No sabeis, caballero, lo que h pasado despues de nuestro encuentro en Nantes? L que yo creia muger legítima de Dartigues, la que lle vaba audazmente su nombre, se ha visto obligada declarar que no era mas que su querida. La infeliz, en gañada, seducida por Dartigues, es de mi sangre; e la hija de mi hermana. Cuando despues del primer movimiento de cólera y de indignacion quise interro gar á la pobre Susana, saber de ella la verdad, habi dejado el pais para ir lejos de él á ocultar su vergüen za y sus lágrimas... Mr. Dartigues, moribundo, nad podia decirme, nada podia reparar. Pero hace alguno

dias, he sabido que Gilberto, completamente restablecido tiempo ha, habitaba con su muger en el castillo de Grandchene, mediante una tierna reconciliacion... Gilberto olvidaba lo pasado, y yo vengo á recordárselo.

CRIS. Un desafio con Gilberto es imposible!

LAT. Imposible!... Vos me impedireis de ir á Mr. Dartigues, enhorabuena, pero Mr. Dartigues sabrá venir á mi. Le he escrito... Yo, que me he batido treinta y y siete veces en mi vida por locuras, por majaderias, alguna vez he de batirme por el honor de mi familia. Vamos, este desafio se realizará, señor teniente civil, á pesar de todos los parlamentos. A pesar del rey mismo, me batiré, me batiré, me batiré.

CIV. Pues no os batireis, porque esa carta está en poder de la justicia. Vedla.

LAT. Mi carta en vuestro poder? Ah! Ya lo entiendo... Dartigues es un cobarde!

CIV. Gilberto no la ha visto siquiera. Nada de cuanto le dirigen llega á sus manos; este billete me le ha dirigido madama Dartigues, que de este modo ha puesto á su marido bajo la égida de la ley. Quereis vengaros y castigar? Caballero, la Providencia se ha encargado de la venganza y del castigo.

LAT. No os comprendo.

CIV. Leed la carta que madama Dartigues me dirigió ayer, remitiéndome vuestro cartel de desafio.

LAT. (*leyendo.*) «Señor mio: Sois magistrado, y ademas, sois, bien me acuerdo, amigo de Gilberto. Con este doble título, vuestro deber es protegerle. Tomad conocimiento del adjunto billete; es una provocacion dirigida á mi marido por Mr. Latremblade; impedid un escándalo inútil; no veria á Mr. Dartigues, á cuyo lado á nadie se admite. A consecuencia de la funesta tentativa de suicidio, ha perdido hasta el recuerdo de lo pasado. Dios concederá á mis oraciones que vuelva á su razon; volverá un padre al hijo que vá á nacer, y que debia ser una prenda de reconciliacion y de felicidad. Quedo confiada en vuestra amistad; confiada tambien en los nobles sentimientos del señor de Latremblade, sentimientos que ha tenido ocasion de apreciar—Diana Dartigues.»

CIV. Qué decis, caballero?

LAT. Que teneis razon... que es imposible un desafio con un hombre insensato. (*volviendo á leer la carta.*) Sabeis, señor de Civrac, que esta muger vale mas que su reputacion? Si, esta carta es verdaderamente interesante.

CIV. Esta carta es una obra maestra de hipocresia. Vuestra conciencia de hombre de bien se resiente; ¿sabeis por qué Diana, que habia faltado indignamente á la fé jurada, ha querido reunirse á Gilberto, y fingir una reconciliacion? Porque en esta reconciliacion, que no es mas que aparente, creedlo, Diana vá ganando una fortuna de tres millones, fortuna que no debe pertenecerla hasta cumplido un año de hacer vida comun con su marido.

LAT. Pero la reconciliacion me parece haber sido sincera, completa; y el próximo nacimiento de ese niño, es, me parece, una prueba irrecusable.

CIV. Irrecusable para todos, menos para mi, que he visto á Gilberto.

LAT. Habeis estado en Grandchene?

CIV. Ayer, despues de haber recibido la carta de Diana. Al principio vacilaron en dejarme penetrar hasta Dartigues; hubieran ciertamente separado al amigo, pero no se atrevieron á rechazar al magistrado. Una especie de mayordomo me introdujo donde estaba Gilberto, y no me dejó solo con él, sin una vacilacion y una inquietud estrañas, y despues de una órden absoluta. Encontré á Gilberto tal como Diana me le habia pintado; no obstante, se estremeció al oir mi voz; pero en vano invoqué su memoria; no pude obtener ninguna respuesta, y durante una hora que permaneci á su lado, dos palabras solo se escaparon de sus labios; Susana y Gaillac.

LAT. Susana es el nombre de mi sobrina.

CIV. Y le pronunciaba con ternura, con amor.

LAT. Gaillac! No se llama asi esta aldea?

CIV. Si; le pregunté qué recuerdo le atraian esos nombres. Me miró entonces como si quisiera asegurarse de que en efecto era yo su amigo; y tomando una pluma trazó rápidamente algunas líneas en un papel. Iba ya á apoderarme de él, cuando entró el mayordomo y me anunció que madama Dartigues, no obstante su estado de padecimiento, deseaba verme. Al nombre de Diana, pronunciado por aquel hombre, la fisonomia de Gilberto recobró repentinamente su estado de terror y de odio, y ocultó con precipitacion en su seno el papel que habia querido darme. Todos mis esfuerzos para tranquilizarle y recobrar el papel fueron inútiles; pero el secreto que iba á revelarme quizá, yo le sabré; yo volveré á Grandchene, y por astuta, por pérfida que sea Diana, yo conseguiré hacer penetrar la luz en este caos de inquietudes.

LAT. Pobre Susana! Y no podré vengarte?

CIV. Consoladla mas bien, caballero.

LAT. Creia haberos dicho que habia sido imposible adquirir noticias de ella. Sola y sin dinero, no ha podido, no obstante, alejarse mucho; quizá se halle aun en la Bretaña. Pero ahora que me acuerdo, la justicia que sabe descubrir al criminal, debe facilmente encontrar al desgraciado. Ayudadme, pues, señor de Civrac, en las nuevas investigaciones que voy á intentar.

CIV. Contad conmigo, caballero; sin conocerla me intereso por la que vos llorais, y á quien ama Gilberto. Contad conmigo; encontraremos á Susana. (*Moreto, que se ha presentado en el fondo y que iba á entrar, se detiene en el quicio de la puerta.*)

MOR. (Susana!)

ESCENA V.

Los mismos, MORETO.

LAT. Ya no estamos solos. (*bajo.*) Quién es ese hombre?

CIV. (*bajo.*) El mayordomo de Dartigues. (*alto á Moreto.*) Qué venis á hacer en Gaillac?

MOR. Desde esta mañana estoy distribuyendo limosnas á nombre de la señora Dartigues, en las parroquias inmediatas al castillo, en celebridad del alumbramiento de la señora, que al amanecer de hoy ha dado á luz un niño. La señora estaba ya ayer bastante agravada, como pudo advertirlo el señor teniente civil.

LAT. (He aqui un hombre cuya catadura me desagrada!)

CIV. Y qué médico ha asistido á vuestra ama?

MOR. No ha habido mas tiempo que para correr á San Julian de los Bosques. Por desgracia, el médico que habia partido hace ocho dias, no ha sido reemplazado aun, y á falta de otra cosa, han llevado á la señora Marcela, partera tan hábil como honrada.

CIV. En cuanto á hábil, pase; pero la reputacion de esa Marcela, es detestable.

MOR. (*con hipocresia.*) Eso yo no lo sabia; pero lo que mas falta hacia, era la circunstancia de hábil.

Civ. Si, y madama Dartigues debe escoger bien los que la sirven. Venid, doctor; en la bailia me dareis los indicios que puedan guiar á mis agentes.

Lat. Muy bien. (Volveré para buscar á mi criado.) (*vanse los dos.*)

ESCENA VI.

Moreto, *solo.*

Ese diablo de hombre tiene un modo de mirar..... Qué vendria á hacer aqui? Tal vez lo mismo que yo. Esta nota escrita por Gilberto, y de que me ha costado buen trabajo apoderarme, esta nota, es el sueño de un loco, ó el primer esfuerzo de una memoria que se despierta? (*lee.*) «Susana, mi esposa querida; primero de mayo de 1772, página 52, parroquia de Gaillac.» Quizás en esta época, y en este pais, se celebraria el casamiento de Susana y de Gilberto; á fin de poder asegurarme, he hecho llamar y detener en el castillo al digno cura, cuya presencia aqui hubiera sido embarazosa. Ahora no tendré ni siquiera que alejar á la criada, porque estoy solo, absolutamente solo en la casa. Los registros parroquiales deben estar aqui, busquemos. (*mientras examina los estantes, aparece Cristol.*)

ESCENA VII.

Cristol, Moreto.

Cris. (*en el fondo.*) Ya he avisado á mi sucesora. (*entrando.*) La tia Simona no tardará en venir.

Mor. Eh? quién está ahi?

Cris. Calla! Ya no está aqui el doctor.

Mor. (*volviéndose.*) Qué quereis? (*conociendo á Cristol y poniendose el pañuelo delante de la cara.*) Cristol!

Cris. Eso mismo iba yo á preguntaros, que todavia soy de casa. (Por qué se tapará asi las narices?)

Mor. (Fatal encuentro!)

Cris. Si quereis ver al señor cura, ha salido... y en cuanto á criadas, tiene dos y no tiene ninguna. Me tenia á mi, que ya no lo soy, y tendrá á la tia Simona, que todavia no lo es. (Por qué tendrá tapadas las narices?)

Mor. (Vaya, habrá que asustarle, que no me será muy dificil, y asi me dejará solo.)

Cris. (Quién diablos será este hombre?) Vamos á ver, ¿qué quereis? A quién buscais?

Mor. (*descubriéndose.*) A ti, desgraciado!

Cris. Ah! El bribon de mi cuñado!

Mor. Con que no has muerto? Con que estás en Francia? En Bretaña?

Cris. (Yo creo que aun tengo miedo de él. (*tranquilamente.*) Vamos, pues, Cristol, la sombra de tu marsellesa te protege.)

Mor. No piensas ya en el peligro que corres?

Cris. Está uno tan acostumbrado...

Mor. No te acuerdas ya de Casilda?

Cris. Al contrario, pienso mucho en ella.

Mor. Y cuando me ves, cuando te hablo de ella, no tiemblas?

Cris. No por cierto.

Mor. Y te estás ahi?

Cris. Si.

Mor. Y si te vuelve á hacer ahorcar?

Cris. Quiá!

Mor. Eh?

Cris. Tengo un talisman.

Mor. (Yo creo que este está tan loco como el otro.)

Cris. Hablemos de Casilda... que me gusta.... Cuánto la quiero! Ya que estás ahi, no debe estar ella muy lejos. Y yo que iba á recorrer hasta el cabo del mundo por hallarla!

Mor. Tú?

Cris. Si, yo; dónde está? Dímelo... en seguida; yo quiero mi muger, la necesito...

Mor. (Pobre insensato! Yo impediré que te pierdas!)

Cris. (*con fuerza.*) Dónde está?

Mor. No quiero decírtelo.

Cris. No? Pues bien, ya no me separaré de ti ni un instante. Si vas en coche, montaré á la trasera; si á caballo, me encaramo en las ancas; si á pié, me apodero de tu brazo.

Mor. (He aqui un animal, que se vá haciendo terriblemente embarazoso.)

Cris. Con que, cuñado, vamos en coche, á pié, ó á caballo?

Mor. (Acabemos de una vez.) Quieres ver á Casilda?

Cris. Si.

Mor. A toda costa?

Cris. A toda costa.

Mor. Si te sucede alguna desgracia, no te quejes mas que á ti mismo.

Cris. No me sucederá nada; tengo un talisman.

Mor. (Eso es lo que no sabemos.) Ven pues.

Cris. Un momento.

Mor. (Ah! ya vacila.)

Cris. Me falta una cosa que quiero llevar á la atencion de mi muger. Está allá arriba, en mi cuarto; pero para que no te me escurras entre los dedos, voy á tomar mis precauciones. (*cierra la puerta y se mete la llave en el bolsillo del delantal.*) La puerta está cerrada, la llave en mi bolsillo, y esa ventana dá al rio. Ya estoy tranquilo; ahora voy á buscar el objeto.

Mor. Y qué es?

Cris. Una sorpresa que reservo á mi querida amiga. (*vase.*)

ESCENA VIII.

Moreto, *solo.*

El miedo ha trastornado el juicio á ese muchacho!... Pero podria ser peligroso! No lo será mucho tiempo! Pronto... este debe ser... si... página 52. Cáspita si lo habia yo adivinado! El acta de casamiento de Gilberto y de Susana. (*mientras lee rápidamente, Cristol aparece de nuevo con un enorme garrote debajo del brazo.*)

ESCENA IX.

Moreto, Cristol.

Cris. (*ap., blandiendo el garrote.*) Esta es la sorpresa que preparo á mi muger; creo que no se romperá tan pronto.

Mor. (*sin ver á Cristol.*) Rasguemos la página. (*la rasga.*)

Cris. (*saltando sobre él.*) Eh! ahi no se toca. (*le quita el registro.*)

Mor. Y qué furioso se pone!

Cris. (*mirando el libro.*) Maldito! Ha arrancado mi marsellesa! Devuélvela al momento.

Mor. Qué te he de devolver?

Cris. La página..! la página que falta y que tienes en la mano.

Mor. Y qué te importa este pedazo de papel?

Cris. Vuélvemele, ó si no...

Mor. Cuidado!

CRIS. Justamente eso es lo que hago, tener cuidado; ó pones esa página donde estaba, ó sino entablo contigo la conversacion que iba á entablar con Casilda; asi se quedará todo en la familia.

MOR. Volver ese papel? Jamás!

CRIS. (*levantando el garrote.*) Que empieza la conversacion!

MOR. (*retirándose.*) Ah! aqui hay una ventana. (*se acerca á ella.*) Sabes nadar?

CRIS. No.

MOR. Quieres recobrar este papel?

CRIS. Si.

MOR. Pues ven á buscarle. (*salta por la ventana.*)

CRIS. Se vá por el agua... yo le seguiré... y no me ahogaré, que la sombra de mi marsellesa me protege. (*salta tambien por la ventana.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Locutorio del hospicio de San Julian de los Bosques. En primer término, á la izquierda, una puerta que conduce á la capilla. En segundo término una ventana. En medio una puerta grande. En el primer término de la derecha, puerta que conduce al interior. En segundo término una puerta con dos cortinas de sarga verde.

ESCENA PRIMERA.

CIVRAC, LATREMBLADE.

CIV. (*sale y dirígese á una demandadera.*) Quereis decir á la superiora que el teniente civil la espera en el locutorio?

LAT. (*á la misma muger que se vá.*) Y añadid que el doctor Latremblade agradecerá que se despache; que estamos perdiendo un tiempo precioso.

CIV. Desempeñar los deberes de la justicia es, al contrario, emplearle bien.

LAT. Eso es en cuanto á vos; por lo que á mi toca, mi deber es buscar á mi sobrina. Yo no puedo esperar informaciones sino en el término de vuestra jurisdiccion, luego todo lo que tardemos en llegar, es tiempo perdido.

CIV. Partiremos tan luego como yo reciba la declaracion de una tal Marcela, á quien deseo interrogar, atendidos sus antecedentes sospechosos, y su dudosa reputacion.

LAT. Ah! si; la que ha asistido á la señora Dartigues en su alumbramiento. Y reside aqui?

CIV. Aqui al menos es donde debo hallarla; estamos en el hospicio de San Julian de los Bosques.

LAT. San Julian de los Bosques! Ya sé; un refúgio abierto á las jóvenes culpables que quieren ocultar los efectos de una falta.

CIV. Y lo que aun vale mas, un asilo para las pobres madres á quienes la miseria ha privado de abrigo.

LAT. Pardiez! Estoy un poco en mi casa; es decir, he contribuido con una escasa parte á la fundacion de esta casa. Ay! Y tengo graves motivos para acordarme de ella; el dia mismo en que dejé caer mi limosna en la bolsa de la peticionaria, mi desventurada Susana se vió obligada á declarar públicamente su deshonor. Y luego dicen que el cielo nos recompensa siempre las buenas obras! Yo quisiera saber cómo me daba cuenta de aquella!

ESCENA II.

Los mismos, la SUPERIORA.

SUP. (*que ha oido las últimas palabras.*) Voy á decíroslo, caballero.

LAT. Vos? Ah! esta es mi limosnera!

CIV. Y la Superiora del hospicio. (*la saluda.*)

SUP. (*á Latremblade.*) El mes último, en aquella noche de borrasca que devastó los caminos, una pobre muger, aniquilada por el cansancio y los padecimientos, vino á llamar á la puerta de nuestro hospicio; aun estaba á tiempo de ser socorrida; algunos minutos despues, la muerte hubiera arrebatado dos víctimas, á ella y al niño que llevaba en el seno.

LAT. Iba á ser madre?

SUP. La recogimos, pero sin asegurar que podriamos devolverla la vida. Despues que dió á luz su niño, es sobre todo cuando mas temimos el perderla. Es tanto lo que ha padecido, nos decian, que parece imposible que sobreviva mucho tiempo á esta última prueba; y en efecto, ayer la fatal prediccion parecia que iba á cumplirse; pero Dios no habia condenado á la pobre madre, y la crisis que ha sobrevenido esta noche, la ha puesto fuera de peligro.

CIV. Si, gracias á la constancia de vuestros cuidados.

SUP. Debemos nuestro zelo á todos los desventurados, pero esta tenia mas derecho que otros. Asi es que, nada le ha faltado aqui, á no ser el pariente á quien ella llamaba como á su salvador, y que él mismo la buscaba en vano.

LAT. (*que ha oido con agitacion, y que apenas puede hablar.*) Llamaba á un pariente, el único que tiene en este mundo? Oh! decidme el nombre de esa muger... Ya veis que apenas me atrevo á preguntarle.

SUP. Su nombre, señor, está escrito al lado del vuestro, y con la misma fecha, en la lista de los bienhechores de esta casa.

LAT. Y será posible? La pobre criatura que recogisteis en ese estado de padecimientos, era Susana? En fin, se ha salvado, no es verdad? Ah! teniais razon; Dios ha tenido muy en cuenta mi limosna. Y podré ver á Susana, señora?

SUP. Si señor, esperad. (*vase por la derecha.*)

LAT. Si, esperaré, esperaré.

CIV. He aqui cumplidos vuestros deseos; vuestro corazon está satisfecho, amigo mio?

LAT. Satisfecho! Decid mas bien que está cruelmente herido... No dirigirse á mi en su desgracia; preferir una casa de caridad al asilo que yo podia darla! Oh! Susana! Susana!

ESCENA III.

Los mismos, SUSANA, *conducida por la* SUPERIORA.

SUS. Tio! Vos aqui.... Por fin.

LAT. (*abrazándola.*) Oh! si, ella es, ella es!

CIV. (*á la Superiora.*) Entretranto quisiera hablar á la señora Marcela; hacedme el favor de que venga.

SUP. Al instante, caballero. (*á Susana.*) Que esteis tranquila; aunque el peligro haya pasado, es preciso tener prudencia.

SUS. Si, la tendré, os lo prometo. Me habeis separado de mi hijo, y con esa condicion prometeis volvérmele; me le volvereis?

SUP. (Su hijo, Dios mio!) (*alto á Latremblade.*) Caballero, dadla todos los consuelos que vuestro corazon os inspire... que bien los necesita... Es aun mas digna de compasion de lo que cree. (*á Civrac.*) Teneis la bondad de seguirme, caballero?

(Latremblade, inquieto por las últimas palabras de la Superiora, hace un movimiento para detenerla, pero se contiene por una seña de aquella; vase con Civrac.)

ESCENA IV.

LATREMBLADE, SUSANA.

SUS. Tio, cuánto os he esperado!

LAT. Esperarme á mi, pobre muchacha? Sabia yo acaso que estuvieses aqui? Acaso me has llamado en tu socorro?

SUS. No, pero no importa; os esperaba.

LAT. (*animándose poco á poco.*) Venir á pedir á la puerta de un hospital el lecho y el pan de los pobres, la que es hija de mi hermana! Por haber supuesto que yo podia carecer de caridad para contigo, has olvidado cuanto amaba á tu madre!... Era una muger muy honrada! Cuánto tiempo he llorado su muerte! Ahora ya no siento tanto que no esté en este mundo.

SUS. Tio, qué decis?

LAT. En efecto, esto no tiene sentido comun; yo que estoy enfadado contigo por haber dudado de mi corazon, vengo ahora á insultar tu infortunio! Eso es obsurdo, es cruel. Y me alabo de ser bueno y sensible. Soy seco, duro y no valgo para nada.

SUS. Al contrario, sois el mejor de los hombres; por eso he querido alejarme furtivamente, y ocultaros mi retiro; he comprendido que vuestro dolor me arrancaria una declaracion que no podia haceros entonces, y me he ocultado á vuestros cuidados y á vuestra ternura por guardar mi secreto.

LAT. Declaracion!.. Un secreto! Me parece que despues de haber sido testigo de lo que pasó aquel dia, y sabiendo por qué has venido aqui, no me queda mas que saber.

SUS. Ahora mismo, hablando de mi madre, deciais, aquella era una muger muy honrada!

LAT. Si; lo he dicho, y qué? Es una desgracia para nosotros si el elogio de una persona es una reconvencion para otra?

SUS. Tambien era una esposa muy amante de su marido. Todos los médicos, y vos mismo, tio, habiais desahuciado á mi padre, bien me acuerdo. Habia peligro de muerte, deciais, en respirar el aire de la habitacion cerrada en que mi padre estaba espirante.... El enfermo necesitaba asistencia, cuidados asiduos, incesantes; nadie osaba acercarse á aquella habitacion; mi madre se encerró en ella con esposicion de su vida; alli pasó tres dias y tres noches sin descanso, sin sueño; el cielo bendijo su valor, y mi padre se salvó.

LAT. Si, pero á qué viene ahora eso?

SUS. Porque algunas veces, comparando la una á la otra, habeis debido decir: imposible es que la hija de tal madre no sea tambien una muger honrada!

LAT. Eh! Qué estás ahi diciendo?

SUS. Lo que no hubiera dicho á nadie, ni aun á vos mismo, si de algunos dias acá no supiera que Gilberto Dartigues está loco, y que la justicia es impotente contra el infeliz que se halla privado de la razon; digo que podeis volverme vuestro aprecio y proteger á mi hijo. Tio, ved aqui mi acta de casamiento.

LAT. Casada! Tú... tú estás casada, y por salvar la vida y el honor del que te ha engañado, te has dejado arrojar por los otros como una miserable! Tú me has dejado maldecirte... Oh! eso es horroroso! Es odioso! Es sublime! (*se descubre la cabeza con respeto.*) Susana, no sé cómo pedirte perdon!

SUS. Cuánto tiempo hace que no me habeis abrazado!

LAT. Hija mia! (*despues de haber abrazado á Susana.*) Valerosa Susana! Digna hija de la que está en el cielo! Tú serás rehabilitada, te lo aseguro; no me basta que tengas mi propio aprecio, tienes derecho al del mundo entero, y le tendrás; yo me encargo de ello; y para conquistártele, no habré menester de echar mano á la espada. En cuanto á mi señor sobrino, no le compadezco; su porvenir está asegurado; no necesita de la fortuna del señor Dartigues, tendrá la mia. No ha menester el nombre de su padre, llevará el mio, que tambien es hermoso... Latremblade... es decir, lo que es hermoso no lo es, pero yo le enseñaré cómo se hace honrar de los hombres de bien, y respetar de los tontos.

SUS. Ya sabia yo que vuestra presencia en esta casa, seria un beneficio para mi, y una felicidad para mi hijo.

LAT. Pero no me presentas mi sobrino?

SUS. Estoy esperando á que me le traigan; tardan mucho; ya hace lo menos seis dias que no le he visto.

LAT. Seis dias? Y está en esta casa? Por qué os han separado?

SUS. Por mi bien... por el de los dos, me han dicho. Una fiebre ardiente abrasaba mi sangre, y la señora Marcela mandó separarme del pobre niño; yo luchaba contra aquella muger; me resistia á sus órdenes y á sus amenazas, pero no pude resistir á los ruegos de la señora Superiora, que me dijo que mi zelosa ternura ponia en peligro la vida de mi hijo. Cuando me le quitó de los brazos, cuando la vi alejarse.... hubo en mi corazon como el sentimiento de una despedida. Y sin embargo, para tranquilizarme la que me arrebataba mi tesoro, se detuvo en el quicio de la puerta, y me dijo con sonrisa angelical: «ánimo, tranquilidad, cuando esteis mejor, os le volveré á traer.» Y he tenido valor; y me he esforzado á estar tranquila, y ya estoy bien. Vos, tio, podeis asegurar que estoy fuerte, pues á mi no me creerán quizá..... pero á un médico no pueden menos de creerle. Decidles que no hay ningun peligro para el hijo al lado de la madre. Decidles que quiero á mi hijo.

LAT. Justamente se oyen pasos en el patio. Sin duda te traen á tu hijo.

SUS. (*dirigiéndose á la ventana del fondo.*) Dios os oiga! (*se detiene á la ventana, mira á fuera, dá un grito y parece pronta á caer.*) Ah!

LAT. Qué tienes, Susana?

SUS. No digais que es él, tio, no digais que es él!

LAT. Qué has visto, pues?

SUS. Un féretro de niño, que han traido á la capilla.

LAT. Y qué crees?

SUS. (*como recordando.*) Ah! en efecto; hace ocho dias que una pobre muger del pais, Claudia Guerin, viuda de un tejedor que murió hace dos meses, vino aqui á dar á luz un niño. Bien decian que no podria vivir! (*juntando las manos.*) Dios mio, que habeis llevado el hijo al cielo, dad resignacion á la pobre Claudia Guerin.

ESCENA V.

Los mismos, la SUPERIORA.

SUP. Claudia Guerin hace dos dias que marchó con su hijo.

SUS. Con su hijo!

LAT. (Pobre Susana!)

SUS. Y el que acaba de pasar á mi vista?

SUP. Susana, la resignacion que pediais para otra, Dios os la conceda, pobre madre!

Sus. Era mi hijo! Mi hijo! (*cae abrumada en una silla, y oculta el rostro con las manos sollozando.*)

Lat. Desdichada Susana! No la faltaba mas que este dolor! Y qué, la ciencia, la fortuna y el afecto han de ser impotentes contra semejante desgracia! Nada pueden... nada!

Sus. (*á la superiora.*) Bien inspirada estaba yo cuando os decia: dejádmele. Yo tenia el presentimiento de lo que iba á suceder. Ah! Yo le hubiera defendido de la muerte!

Sup. Queriamos conservar á los dos; pero entonces era á vos solamente á quien temiamos perder.

Sus. Ya no existe! Dios mio! Dios mio! (*se oprime la frente con las manos.*)

Lat. (*á la Superiora.*) Pero decidme, cómo ha sido eso? Por descuido? Por accidente? Hablad pues; yo soy el protector de Susana, queria ser padre adoptivo del niño, y exijo una cuenta severa de su muerte.

Sup. La señora Marcela se encargó de cuidar al niño. Cuando nos ha llamado para certificar de su muerte, la pobre criatura estaba ya sin movimiento y helada. Marcela le ha velado toda la noche, y esta mañana le ha puesto ella misma en el atahud.

Lat. Siempre la señora Marcela! En todas partes se halla! Sea para dejar morir al hijo de Susana, sea para ayudar á nacer al hijo de madama Dartigues.

Sus. (*levantando bruscamente la cabeza.*) Decis que madama Dartigues es madre? Entonces ya comprendo por qué yo no lo soy. Hay un crímen en mi desgracia! Las madres son envidiosas... esa muger ha hecho matar á mi hijo!

Sup. Susana!.. Solo vuestra desesperacion es la que puede haceros perdonar esa horrible sospecha.

Lat. Seguramente que no es verosímil, pero Mr. Civrac piensa interrogar á la señora Marcela, y yo continuaré su interrogatorio. Descuidad en mi, Susana. Ya sabremos la verdad.

Sus. Pero eso no me devolverá á mi hijo! Pobre criatura, que solo ha venido al mundo para dejar un sentimiento eterno, y de quien nadie se acordará mas que yo!

Lat. No, Susana, no; tu hijo no habrá pasado inútilmente por la tierra.... ha venido á ella para hacer bien. Antes de dejar esta casa, quiero fundar en ella una cama, que llevará su nombre; quiero instituir una renta á su nombre tambien, á fin de que todos los años, en semejante dia, los pobres se acuerden de él. Ya que vivo no ha podido dejarse amar, que respeten al menos su memoria. (*á la Superiora.*) Venid, señora, conducidme donde está Mr. Civrac. (*á su sobrina.*) Susana, tu dolor es el mio; no te abandonaré jamás! (*vase con la Superiora.*)

ESCENA VI.

Susana, *sola.*

No; esa Marcela no declarará nada, y quizá no tenga tampoco nada que declarar. Sea lo que quiera, crímen ó desgracia, de aqui á algunos momentos un poco de tierra lo cubrirá... y luego se acabó... me llevarán y marcharé sin haber vuelto á ver á mi hijo vivo..... y sin el consuelo de abrazarle la última vez en el sueño de la muerte! (*vá hácia la izquierda y abre una puerta.*) Ah! ya sabia yo que por alli se iba á la capilla! (*mirando.*) Dos velas encendidas... una cruz..... alli está... alli... y nadie vela á su lado. (*con exaltacion.*) Ah! si me atreviese... Estoy sola... Dios mio, soy muy desgraciada... Si voy á cometer un sacrilegio, vos me le perdonareis. (*desaparece rápidamente por la puerta de la capilla.*)

ESCENA VII.

Latremblade, Civrac, *despues la* Superiora.

Lat. (*á Civrac.*) En efecto, es muy estraño! Esa muger, fugándose á vuestra llegada, y volviendo á su cuarto solo para dejar el desórden de una fuga precipitada! No hay duda, Susana ha pensado con exactitud; hay en esto un crímen.

Civ. Un crímen!.. Pero con qué interés? Esa muger ignoraba las relaciones de vuestra sobrina con Gilberto. Solo la Superiora hubiera podido instruirla, y ahora mismo acaba de afirmar, bajo la fé del juramento, que no ha hablado á nadie de ese pasado fatal, ni aun á la misma que tan cruelmante ha sido la víctima.

Lat. Y qué tan poco lo merecia! Señor de Civrac, cada uno de los dos tiene una tarea que desempeñar; la mia indagar cómo ha muerto el hijo de mi sobrina; la vuestra hacer justicia si hay culpables.

Sup. (*entrando por la puerta de la capilla.*) Señores, señores, por piedad, venid, ayudadme.

Lat. *y* Civ. Qué ocurre pues?

Sup. No tengo fuerza suficiente contra la voluntad de esa madre, que se niega á escucharme, y que, alli, rompe un féretro para abrazar á su hijo.

Civ. Pobre madre!

Sup. (*mostrando la capilla.*) Venid... venid pues.

Lat. (*conteniéndola.*) No, ese féretro no debiera estar cerrado, y nadie mejor que una madre tiene el derecho de abrirle.

Sus. (*en la capilla.*) Ah! (*momento de silencio y de terror en los personages en escena. Civrac, Latremblade y la Superiora se dirigen á Susana que sale.*)

Todos. Susana!

ESCENA VIII.

Los mismos, Susana.

Sus. Vacio, vacio! El féretro está vacio!

Todos. Vacio!

Sus. Me creereis loca, no es verdad? Ah! Dios inspira á las madres! El es quien me inspiró! El quien dió energía á mi corazon... fuerza á mis manos! En vano mi corazon se despedazaba... en vano mis manos estaban ensangrentadas; ni mi corazon ni mis manos se han debilitado... Abierto el féretro, levanté el sudario... nada! nada! Solo encontré un conjunto informe de trapos y de piedras... No me atrevia á creer lo que veia, lo que tocaba.... Y aun ahora mismo estoy dudando de lo que he visto, de lo que he tocado. (*á Civrac que habia ido á la capilla y vuelve.*) No está mi hijo, es verdad?

Civ. No.

Sus. Oh! Gracias, Dios mio; no me han muerto á mi hijo, me le han robado! Vos sois bueno, Señor, y yo he sufrido mucho... Señor, Señor, vos me devolvereis á mi hijo. (*arrodillándose.*)

Sup. Cómo esplicar esas apariencias de muerte que nos habian engañado?

Civ. Es preciso á toda costa indagar el paradero de esa infame Marcela.

ESCENA IX.

Los mismos, Cristol.

Cris. Marcela? Justamente llego á tiempo para hablaros de ella.

Sus. Sup. *y* Civ. Vos?

Lat. Tú?

Cris. Ah! mi querido amo; crei no volver mas á veros.

Estais bueno, señor? Yo ya voy algo mejor,

LAT. De dónde sales ahora, desgraciado?

CRIS. De dónde salgo? Del rio... Es decir, ya he tenido tiempo para secarme.

LAT. Del rio?

CRIS. Si señor; estábamos dos allá dentro, otro que sabia nadar, y yo que no sabia. Yo me asia del otro, y ya se vé, estorbaba sus movimientos. Se enredó entre unas algas, y no ha vuelto á salir.

LAT. Miserable! Con que has causado la muerte de un hombre?

CRIS. Eh! no importa; ya le conocia yo... era mi cuñado! El me habia hecho ahorcar... y yo le he hecho ahogar... estamos pagados.

SUS. Pero no ibais á decirnos dónde se oculta Marcela?

CRIS. (*sacando una cartera.*) Aqui está... El pícaro de mi cuñado, cuando iba nadando, llevaba esta cartera entre los dientes... Yo queria cogérsela, porque contenia mi mas precioso documento de familia. La cogi, y ademas una nota escrita con lapiz, de la que me he acordado, al oiros preguntar el paradero de Marcela.

CIV. A ver la nota?

CRIS. Aqui está, señor. (*leyendo.*) Id á buscar á Marcela á Brevannes y hacedla embarcar en Nantes.

SUP. Brevannes! Un cuarto de legua de aqui!

LAT. Allá ha ido á esperar á ese hombre!

CRIS. Pues ya puede esperarle... que siempre llegarán antes que él.

CIV. Y esta cartera, á quién pertenecia?

CRIS. A mi cuñado; un pícaro portugués, mayordomo de la señora Dartigues.

CIV. De la señora Dartigues? Voy inmediatamente á firmar la órden de prision contra esa muger.

LAT. Yo me encargo de la ejecucion de esa órden.

CRIS. Y yo os sigo, señor. En el camino acaso tendré noticias de Casilda.

SUP. (Casilda!)

LAT. (*á Susana.*) Esperanza y valor, Susana; cuando vuelva te traeré noticias de tu hijo. Todas las puertas se abrirán; todas las resistencias caerán ante la ley, y con la orden firmada de Mr. Civrac, yo seré la ley personificada. Venid. (*vase con Civrac y Cristol.*)

ESCENA X.

SUSANA, *la* SUPERIORA.

SUP. Estoy segura de que vuestro tio traerá á Marcela. Pero hasta que venga, descansad siquiera unos instantes.

SUS. Hasta que mi tio vuelva, quiero estar alli (*señala la capilla.*) haciendo oracion. Nada temais por mi; ya lo veis, no lloro, estoy tranquila. (*óyese el ruido de una campana agitada con violencia.*) Llaman á la puerta del hospicio!

SUP. Algun desgraciado... Algun viajero estraviado sin duda... Voy á verlo.

ESCENA XI.

SUSANA, *sola.*

El sonido de esa campana me lastima: será el anuncio de alguna nueva desgracia? Oh! ahora es cuando tengo necesidad de orar. (*se dirige á la puerta de la capilla; luego se detiene un momento.*) Alguien hay en la capilla... Un hombre que ha cerrado vivamente la puerta, como si temiese ser perseguido! Qué ocultará debajo de la capa? Se esconde detrás del altar!.. Algun ruido le ha asustado... viene hácia aqui. Pero este hombre!... Es él!. . Es Gilberto, que sin duda se ha fugado de los que le custodiaban.

ESCENA XII.

SUSANA, GILBERTO.

GIL. (*pálido, flaco, descompuesto, sale precipitadamente sin ver á Susana.*) Me han espiado... me han seguido... he oido pasos... Habia llamado á la puerta de este hospicio, y me han abierto... Entonces... he apelado al juicio de Dios... Dios hará justicia.

SUS. Qué dice?

GIL. Libre! Estoy libre! Pero me perseguirán... Si me descubren me llevarán de nuevo á su lado... volverán á estrechar mi cadena... No... que me maten primero.

SUS. Qué espantoso delirio!

GIL. Pero estoy en una casa santa, abierta á todos los que padecen... no me echarán de ella... á mi, que tanto he padecido... no quiero salir mas de ella. Pero quién me defenderá? Quién me protegerá?

SUS. (*con timidez.*) Dios y yo, Gilberto.

GIL. Esa voz!... Esas facciones!... Mi razon, que se habia despertado, me abandonará otra vez? No es Susana la que me habla?

SUS. Gilberto, dudas de tu razon? Pero tu corazon no puede engañarte, y tu corazon me ha reconocido... es verdad?

GIL. Susana! Mi muger!

SUS. Oh! calla, calla! No me des ese título, porque ese título es tu condenacion.

GIL. Mi condenacion, dices? Y qué suplicio mas cruel pudieran hacerme sufrir? Cuando vuelto á la vida te buscaba á mi cabecera, Susana, fué á Diana á quien encontré... Diana triunfante... Diana que habia vuelto á apoderarse de su presa! Entonces mi razon se perdió enteramente, y se aprovecharon sin duda de mi delirio para encerrarme en una habitacion, cuyas espesas paredes sofocaban mis gritos y mis sollozos. En una habitacion, donde solo penetraba un hombre vendido á nuestra implacable enemiga. Cuando un rayo de luz brillaba en mi oscuridad, te llamaba, Susana; pedia jueces... pedia la muerte... Entonces se me presentaba Diana... su vista me helaba el corazon de terror, y no sabia ya mas... y no me acordaba de mas.

SUS. Pobre Gilberto!

GIL. Pero te veo, Susana, y ahora... Oh! ahora ya sé... ya me acuerdo... Ayer no se me presentó mi carcelero, y me ocurrió la idea de escaparme de entre mis verdugos. Las puertas estaban cuidadosamente cerradas, la ventana resguardada con fuertes barrones. Toda la noche he trabajado para desencajar una de las barras; por fin pude salir de mi prision! La ventana daba sobre un largo terrado... Incierto en el camino que debia llevar, seguí derecho hácia una luz, única que brillaba en las tinieblas; aquella luz iluminaba un vasto salon, que daba igualmente al terrado. Penetré en la vivienda... era la de Diana... de Diana que velaba... Miraba, sonriéndose, á un niño que dormia en su cuna! Su sonrisa era amarga y cruel! Por esta vez no me heló la vista de esa muger, no; un sombrio furor se apoderó de todo mi ser... no la veia sino á través de una nube de sangre... Corrí hácia ella... Al verme tuvo miedo, y quiso llamar; pero asiéndola fuertemente la mano, la obligué á callar y sentarse otra vez. Diana, la dije, debiais hacerme á la vez insensato, suicida y asesino. Diana, encomendaos á Dios, vais á morir. Entonces, abrazando mis rodillas, me pidió perdon. Infame! Perdon á nombre de su hijo; de su hijo, que estaba alli, decia ella. Pero ese hijo, esclamé, es una vergüenza, es un crimen mas. Entonces, embriagado de furor, derribé á la

miserable, que quiso hacerse una égida de su deshonor; y tomando en mis brazos aquel niño, me sali de la habitacion. Cómo he podido evadirme del castillo, cómo me encontré delante de este hospicio, lo ignoro! En fin, qué he hecho de aquel niño? Tampoco lo sé... no lo sé.

SUS. Ese niño no era culpable!

GIL. Yo sofocaba su llanto para que no me descubriese. Despues le he escondido... alli, (*señalando la capilla.*) alli, y no me atrevo á ir á saber si es muerto ó vivo... no, no me atrevo.

SUS. Yo iré. Si salvo este niño, Dios mio, vos me devolvereis el mio! (*entra con celeridad en la capilla.*)

ESCENA XIII.

GILBERTO.

Susana! Susana! No me abandones. (*óyese un carruage.*) Un coche... se detiene... vienen á buscarme.... Empezará de nuevo la lucha entre la impotencia de la locura y la desesperacion de la razon... Y he de volver al lado de aquella infame, cuando he encontrado á Susana!... No... no... antes morir.

ESCENA XIV.

GILBERTO, DIANA.

DIA. Ah! Habian seguido bien sus huellas... aqui está.

GIL. Qué quereis? Quién sois?

DIA. Esponiendo mi vida, vengo á protegeros contra vos mismo, contra vuestros furores insensatos... vengo á pediros mi hijo.

GIL. Vuestro hijo, señora, no entrará mas en mi casa; á la inclusa el hijo del adulterio... á la inclusa.

DIA. No conoceis que no pueden tenerle aqui sin mi consentimiento? Que bastará decir mi nombre, mi título de madre, para que me le devuelvan?

GIL. (*exaltado.*) Ah! No os le devolverán vivo. (*vá á lanzarse á la capilla y Susana le detiene á la puerta.*)

ESCENA XV.

Los mismos, SUSANA.

SUS. Gilberto! Gilberto! No mates á nuestro hijo!

GIL. Qué dices?

DIA. Susana!

SUS. Si, Susana que no sabiais que estaba aqui; Susana, á quien habeis hecho mas desgraciada de lo que ella misma creia... Aceptando la vergüenza, dejándose arrojar por vos de su casa, la pobre muger ignoraba aun que iba á ser madre.

GIL. Susana, tu hijo lo es mio... dónde está?

SUS. Tú me le has devuelto... ella me le habia robado!

DIA. (Oh! Moreto, qué has hecho?)

GIL. Robado! Ella!

DIA. Quién se atreve á sostenerlo?

ESCENA XVI.

Los mismos, LATREMBLADE.

LAT. Yo, señora.

DIA. Vos?

LAT. Si; acabo de apresar á Marcela, aunque no sea ese mi oficio.

SUS. Ah! Ella hablará.

DIA. (Presa esa muger!)

ESCENA XVII.

Los mismos, CIVRAC, *la* SUPERIORA.

CIV. (*adelantándose.*) Por mi órden.

GIL. Donde quiera que esté Diana Mendez, siempre habrá un crímen que perseguir.

SUP. (*en el fondo, ap.*) Diana Mendez!

DIA. (*con aplomo.*) Ah! ya lo conozco; estais todos de acuerdo contra mi! Pero aunque tenga que luchar sola contra todos, lucharé... y sabré recobrar de Susana mi hijo; como en otro tiempo supe recobrar mi marido.

SUP. (*mientras Diana hablaba, ha ido acercándose á ella; la toma la mano y la obliga á mirarla cara á cara.*) Vos que os haceis llamar Diana Mendez, miradme pues!

DIA. (*sorprendida, mirando con terror á la Superiora.*) Ah!

SUP. (*dirigiéndose á Gilberto.*) Si os habeis casado con esa muger bajo el nombre de Diana Mendez, caballero, delante de Dios lo afirmo; ese casamiento es nulo... sois libre!

TODOS. Libre!

SUP. Diana Mendez soy yo; (*mirando á Diana.*) esa muger es Casilda mi criada.

DIA. (*animándose aun.*) Y quién lo prueba?

ESCENA ULTIMA.

Los mismos, CRISTOL.

CRIS. Yo! El ahorcado!

(La Superiora está al lado de Susana, que parece señalar á la capilla, mostrando el niño á su padre; Latremblade al lado de Cristol; Civrac se dirige á Diana, que al fin baja la cabeza.)

FIN DEL DRAMA.

Madrid, 1854.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,
Calle del Duque de Alba, n. 13.

miserable, que quiere hacer de una cuida de su desho-
nor, y tomando en mis brazos aquel niño, me salí de
la habitación. Dónde he podido evadirme del castillo,
cómo me encontré delante de este hospicio, lo igno-
ro! En fin, que he hecho de aquel niño? Tampoco lo
sé... no lo sé.

Ser. Ese niño no era capaz...

Ter. Es cobarde en tanto que no se desenfrene.
Después lo he encontrado... Ella. (señalando la capi-
lla.) Allí, y me atreva á ir á saber si es muerto ó
vivo... no, no me atrevo.

Ser. Yo voy, si salvo este niño, Dios mío, voy á ser dichosa.
(Entra en el interior con la capilla.)

ESCENA XIII.

Dicha, Ter.

Susana. Ter. Ter. (Ter. se detiene, como por encanto.)
Ter. Ella... se detiene... vienen á buscarme...
Desaparecerá de nuevo la Dicha entre la impresión de
la honra y la desesperación de la razón... Y he de
volver al lado de aquella infame, cuando he encontra-
do á Susana!... No... no... antes muerto.

ESCENA XIV.

Dichos, Dicha.

Dic. Ah! Dichosa seguirá con su hijo... qué feliz.
Ter. Que quiere! (Dicha sale.)
Dic. Disponiendo un vino, vengo á protegerla contra sus
primeros, contra [illegible] ... vengo á
perdonar en hijo.
Ter. Y todo esto, señora, es cierto? pues en mi caso,
á la inocencia de mi hijo, [illegible] ... es posible.
Dic. No comprendo que [illegible] ... en mi
consentimiento. Que [illegible] ... mi li-
bido de [illegible] que [illegible] se derrumbe.
Ter. (Sorprendido.) Ah! sí, es [illegible] (Va á
[illegible] y la coge y [illegible] de [illegible].)

ESCENA XV.

Los mismos.

Ser. Ese niño no era capaz...
Ter. Es cobarde en tanto que no se desenfrene.
Después lo he encontrado... Ella. (señalando la capi-
lla.) Allí, y no me atrevo á ir á saber si es muerto ó
vivo... no, no me atrevo.
Ser. Yo voy, si salvo este niño, Dios mío, voy á ser dichosa.
(Entra en el interior con la capilla.)

ESCENA XIII.

Dichos